

La Ilustración Artística

Año XXXV

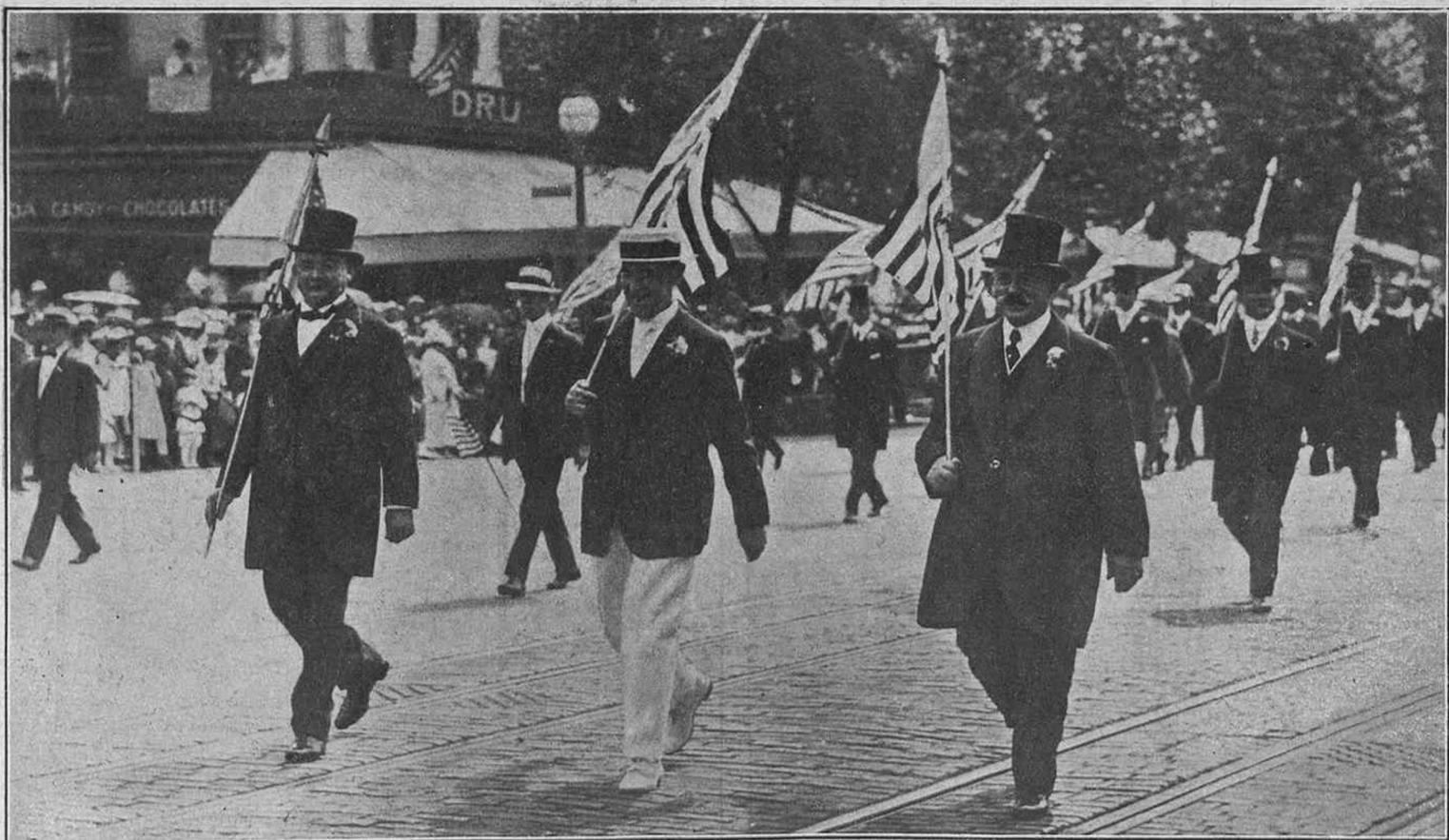
← BARCELONA 10 DE JULIO DE 1916 →

Núm. 1.802

WASHINGTON.-LA FIESTA NACIONAL DEL «DÍA DE LA BANDERA»



Paso de la manifestación por una de las principales vías de la capital. En primer término se ven grupos de jóvenes



El Presidente Wilson al frente de la manifestación en la Avenida de Pennsylvania

Esta es la primera vez, desde hace cincuenta años, que un Presidente de la República toma parte en esta manifestación patriótica

(Fotografías remitidas por Carlos Trampus)



A Julieta amó Romeo con locura,
porque usaba en su tocado **PECA-CURA.**

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa **CORTÉS HERMANOS**

BARCELONA

MUEBLES de junco y médula fina

MARCA

ME PNE

REGISTRADA

Fábrica sin
sucursal



Paseo de Gracia, 115; Barcelona. «Manufacture Parisienne»



MÁGICO

Renaud Germain
PERFUMISTAS

Nervios extractos para el español
MÁGICO-LABERINTO

Perfumes. Suaves é intensos.

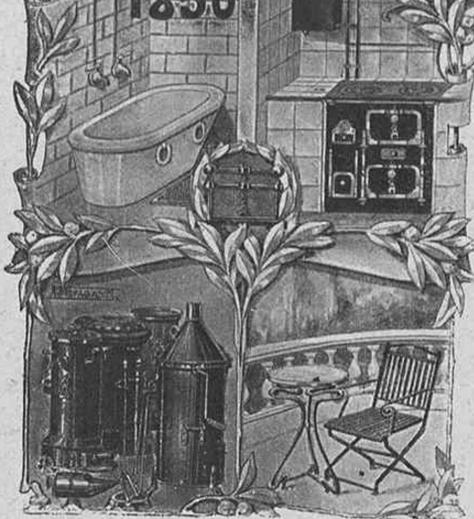
Barcelona.

Renaud Germain



LABERINTO

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850



COCINAS MODERNAS

GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: DIPUTACIÓN, 421 y 423
Entre Sicilia y Cerdeña). - Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono 3380
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

Marcas las más acreditadas
en la Península, Extranjero y Ultramar
EL CIERVO y MANOC
EL LEÓN de J. Samsó
EL PERIQUITO
de C. Massó
Clases superiores y
especiales para
el Pánguingue
(Filipinas)

ESPECIALIDAD EN NAIPES OPACOS

Teléfono 1708
Dirección telegráfica:
SAMOCA

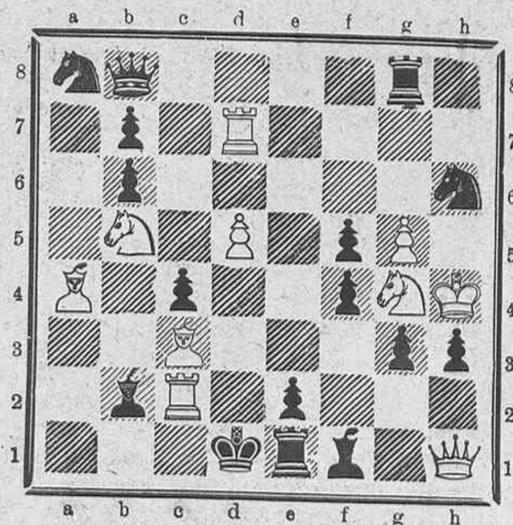
NAIPES COMAS
FINOS
DE HILO Y UNA HOJA
- DE LA -
Fábrica movida por electromotores
ANTIGUA CASA Vda. de A. Comas Casa fundada
SEBASTIÁN COMAS Y RICART en 1797

BARCELONA.-Galle de Lauria, núm. 4

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 686, POR E. PAPE

NEGRAS (16 PIEZAS)



BLANCAS (10 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 685, POR P. H. WILLIAMS

1. Dh5-h6.

La Ilustración Artística

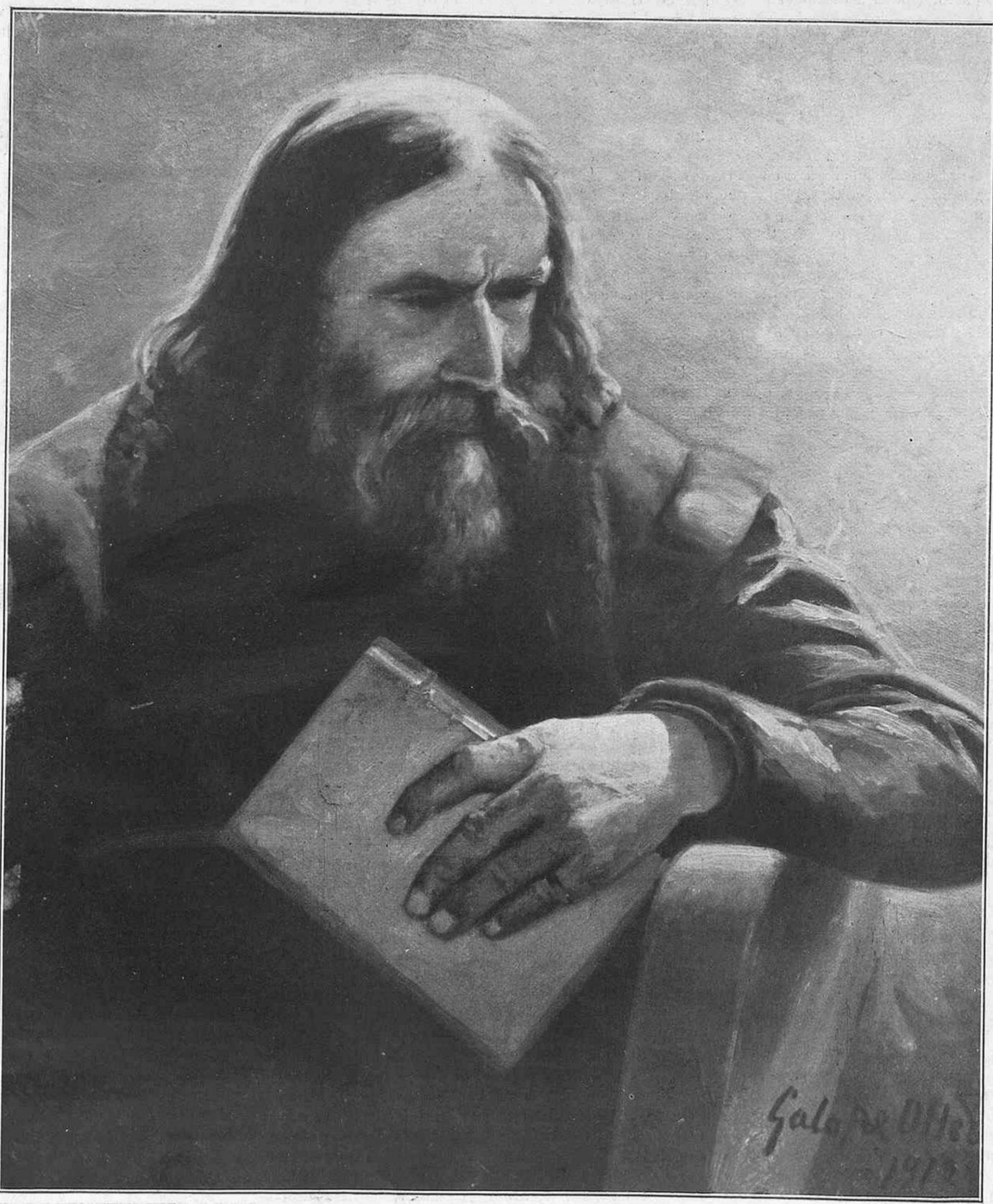


Año XXXV

BARCELONA 10 DE JULIO DE 1916

Núm. 1.802

BARCELONA. - SALÓN PARÉS



GUTTENBERG, cuadro de Galofre Oller

(De fotografía de F. Serra.)

SUMARIO

Texto. — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *La Ruth alcarreña*, por José Pérez Hervás. — *La guerra europea*. — *Melilla. Nueva ocupación*. — *San Sebastián. Inauguración del nuevo hipódromo*. — *Madrid. Homenaje al pintor Anglada*. — *Melilla. Naufragos japoneses*. — *La espuma del mar* (novela ilustrada; continuación). — *La Granja. Veraneo de la Real familia*. — *Barcelona. Fiesta florida. Concurso de carruajes adornados con flores*.
Grabados. — *Guttenberg*, cuadro de Galofre Oller. — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración al cuento *La Ruth alcarreña*. — *Mentiga*, cuadro de Laureano Barrau. — *Londres. Concurso Nacional de Escuelas de Bellas Artes*. — *La guerra europea*. — *San Sebastián. Inauguración del nuevo hipódromo*. — *Madrid. Homenaje al pintor Anglada*. — *Melilla. Naufragos japoneses*. — *La Granja. Veraneo de la Real familia*. — *Melilla. Nueva operación felizmente realizada para aislar a la cábila de Beni Salá*. — *Barcelona. Fiesta florida. Concurso de carruajes adornados con flores*.

DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

Ha terminado el mes de las fiestas, empezando el de la acostumbrada dispersión. Corpus llenó las calles de olorosa retama, de fugaces serpentinadas, de canteles de espadas desnudas y de fulgor eucarístico. Las verbenas incendiaron la noche sobre la ciudad rumorosa, llena de fragancias de clavel y albahaca. Se celebraron a toda prisa las últimas sesiones académicas, los repartos de premios, las exposiciones escolares. Un afán de descanso, un anhelo de huir de la ciudad parece flotar en la atmósfera. Cada año se acentúa esa fiebre de las vacaciones estivales y se diría que cuanto más intensa y complicada es la vida, con mayor imperio reclama sus fueros. El arco tendido y vibrante de nuestro sistema nervioso, pugna por ceder durante una temporada, en total distensión. La existencia ya no es el fluir sosegado de una fuente, que corre tranquila e igual, como la sangre por las arterias de un cuerpo en reposo. Es la combustión rápida y violentísima de un incendio avivado por todos los vientos y por todas las pasiones; es algo devorador que consume infinitos tesoros de energía y deja montañas ingentes de pavesas y residuos. La hoguera insaciable exige mucho combustible y por si no bastara su ardor normal, vienen de cuando en cuando los terribles huracanes de la discordia a soplar sobre ella y producir una de esas máximas conflagraciones, como la que hace dos años devasta las porciones más florecientes y ricas de nuestro hemisferio.

**

¡Dos años! Tiempo es ya de volver la vista atrás y recapacitar por un momento las fases de la sensibilidad colectiva, a través de estos dos años. Incredibilidad primero, estupefacción y asombro después; profecías no cumplidas, falsos augurios, especiosas deducciones de lo que será después la humanidad saneada por el gran viento, purificada por el dolor; plazos fatales cien veces anunciados como límite de la tormenta; engaños del optimismo o sugerencias de la buena voluntad tomados como razonamiento y dialéctica... ¡qué sucesión de impresiones, juicios y veleidades de la mente, hasta venir a parar en la hosca reserva del momento actual! Han pasado dos años que parecen, unas veces dos semanas y otras veces dos siglos. Han pasado dos años que son, sin disputa, los de mayor estrago que haya producido jamás la mano del hombre: un estrago para el cual ha rivalizado con las fuerzas ciegas y fatales de la naturaleza, con los elementos desencadenados, con las catástrofes telúricas, con el hundimiento de Atlántidas, con la explosión de no presentidos volcanes.

Alguna vez he dicho ya que el azar nos ha hecho testigos del suceso mayor de la historia y que asistimos a él con evidente inconsciencia de su magnitud, sin valoración adecuada de sus verdaderas y terribles proporciones. Todo es nuevo, todo insólito en esas proporciones: la extensión territorial, el número de razas y de pueblos a que alcanzan; el número de hombres a quienes afecta materialmente; los medios de destrucción y la riqueza y complejidad de lo destruido; la intensidad del sufrimiento y de nuestra potencia sensible. Jamás el hombre ha sido atacado por el hombre con semejantes ferocidades ni ha llevado más lejos su locura de exterminio y su instrumental de tortura; jamás hubo una época que tuviera en más aprecio la vida ni que estuviese menos preparada para el dolor. ¿No eran nuestros días los del «niño mimado», cobarde ante el sufrimiento, con miedo de vivir, hostil a toda lucha, afeinado por todos los sentimentalismos y molicies de la civilización refinada, de la ternura, de la constante hiperestesia? ¿No había asociado a los animales y a las mismas plantas a su obra de amor y de

respeto para todos los seres que integran la divina creación, haciendo de la «vida» donde y cómo quiera que ella se presentase, un objeto sagrado al cual no podía atentarse sino incurriendo en el baldón de los sacrilegos?

Yo veo ahora, con admiración simpática, a esos hombres, a esos grupos impasibles, que continúan protegiendo al ave y al cuadrúpedo, contra la codicia o la crueldad; que continúan festejando al árbol o a la flor como antes de 1914, cuando el hombre se consideraba a sí propio bastante garantido y aplicaba todo su sobrante de generosa piedad a los seres más indefensos del mundo animado. Pero, al mismo tiempo, me pregunto si no será irremediable nuestra presunción de creernos en estado de dispensar esas protecciones generosas, si no somos nosotros los desamparados y los indefensos contra nosotros mismos, contra la ráfaga de infernal locura que nos lanza a modo de rebaños enloquecidos a devorar y destrozarse y despedazar a nuestros semejantes.

Lo cierto es que de la locuacidad que siguió a los primeros meses de la guerra y del furor profético que se apoderó entonces de casi todo el mundo: hombres de Estado, pensadores, poetas, publicistas, hemos venido a parar en el mutismo de ahora, que parece como la abdicación de la inteligencia ante lo fatal y biológico. Ya no se habla del mañana de la guerra, ni de si este mañana se llamará socialismo pacifista, o restauración religiosa, o sencillez y austeridad, o revolución y cataclismo finales. Las decepciones experimentadas en los veinticuatro meses últimos por tantos augures y exégetas de lo porvenir han acabado por volverlos taciturnos y sombríos. Y así es el momento actual: de taciturnidad y cansancio, de fatiga nerviosa, la cual no sabemos cómo combatir sino huyendo de nosotros mismos, o sumergiéndonos en el baño de soledad de la naturaleza, o cumpliendo nuestro deber y prosiguiendo nuestros afanes y trabajos como si nada ocurriera en el mundo y no estuviera todo pendiente de la gran revisión que vendrá cuando esto acabe.

**

De esta impasibilidad dan muestra no pocos organismos en los cuales se encarna actualmente el renacer de Cataluña. Uno de los más interesantes, sin duda, y que por ser de los venidos a última hora y haber crecido con extraordinaria rapidez, no resulta tan conocido como debiera, es el Centro Autonomista de Dependientes del Comercio y de la Industria. El domingo día 2, celebró con una fiesta literaria el final de curso y la apertura de la exposición de trabajos escolares hechos en las Escuelas mercantiles que dicho Centro sostiene. Con esta ocasión estuve allí y, por mucho que ya tenía idea de la institución por reseñas y publicaciones, la impresión *de visu* superó a la de referencias, con ser éstas tan elocuentes.

La parte más característica del resurgimiento catalán viene fijada por una serie de grandes mojones que fueron un día los Juegos Florales, y después el orfeonismo, y más tarde el teatro popular, y luego la obra de los excursionistas. Cada una de esas corrientes iba conquistando una zona de la sociedad barcelonesa y, por extensión, de otras ciudades y villas del principado, llegando después a concreciones tan gloriosas como el Centro Excursionista de Cataluña y el Orfeón, con su Palacio de la Música Catalana. A esta misma categoría de iniciativas poderosas corresponde el Centro Autonomista de Dependientes, que tiene también el mérito de asociar a la obra de cultura de nuestro país, dándole raíces populares, una porción o clase muy extensa y vital en Barcelona. Baste decir que la nueva institución se va acercando a los 4.000 asociados, que merced a su tenacidad y constancia ha resuelto el problema de hacerse con un magnífico local propio y que desarrolla una labor de enseñanza, de civismo y de dignificación general en extremo meritorias.

Fácil es atraer y organizar un núcleo intelectual propiamente dicho, o sea de escritores, profesores y artistas, porque ellos necesitan de ese contacto y esfuerzo colectivo, aun para sus necesidades prácticas. Hacerlo con modestos dependientes de comercio y obtenerlo en una forma tan potente y robusta, revela un estado de ánimo verdaderamente alentador y unas ansias de progreso y de vida que no se encuentran muy a menudo, aun en pueblos de gran cultura. Revela que la cultura es aquí aspiración poco menos que popular, ideal democrático, no simple utopía de sociólogos y propagandistas sin comunión con la masa general.

El número de clases y enseñanzas que allí se sostienen y sobre todo el número de asistentes a las

mismas; la intensidad de aplicación que revelan los trabajos expuestos; lo que en idiomas, en contabilidad, en dibujo, en geografía comercial, en nociones «útiles» de química y manipulaciones industriales, propias para dar conciencia al dependiente de las mercaderías que tiene entre manos; lo que de todo eso dicen las salas de la exposición escolar, difícilmente podríamos explicarlo aquí. Una serie de secciones recreativas, pero todas llevando un fin higiénico o pedagógico, han ido desenvolviéndose en el seno de la asociación descolando la deportiva, la de excursiones, el montepío y el dispensario, con servicios médico, quirúrgico, dental y de especialidades diversas.

Recorriendo aunque no sea más que por unos cuartos de hora las dependencias del local, el magno salón de actos públicos, las aulas e instalaciones de servicios, recibe el visitante esa sensación de cosa sólida, útil y eficaz, es decir, viva, de que hablaba al principio y no tarda en asociar el Centro Autonomista de Dependientes, a aquel grupo de instituciones matrices a que también me refería, destinadas a fijar una época y una nueva fase de la nacionalización o socialización de la cultura en Cataluña. La fiesta del otro domingo, que ha motivado estas líneas, demostró con qué avidez, tan difícil de obtener en otros públicos indiferentes o soñolientos, se escuchan en aquella casa las explicaciones, aunque sean de cosas abstrusas, patrimonio de especialistas y eruditos. Puesto que en este año 1916, ha sido el sexto centenario de Raimundo Lulio y el tercero de la de Shakespeare y Cervantes, se quiso que la sesión de clausura de curso estuviese dedicada a esta trinidad de genios.

Jorge Rubió, el joven y docto bibliotecario de la Biblioteca de Cataluña, con palabra fácil, persuasiva y llena de literaria precisión, sintetizó los rasgos culminantes del famoso polígrafo de Mallorca como filósofo y escritor lo mismo que como hombre de acción infatigable, dando en media hora una imagen justísima y enérgica de aquella singular figura. Moreda y Galicia, el selecto poeta de las *Hores lliminoses*, presentó por modo admirable los grandes aspectos del «gran Guillermo», del enorme trágico inglés. Y el que firma habló modestamente de Cervantes y su cordial comprensión de Cataluña. El entusiasmo de los oyentes por los dos primeros discursos, y por las palabras del presidente de la Comisión de estudios y el del Centro, revelaron también toda la fuerza de su entusiasmo juvenil y el aliento de patriotismo y esperanza que mueve a aquellos muchachos.

**

Allí, ante ese espectáculo optimista y generoso, habíamos olvidado la guerra. Vivimos unas horas en plena sugestión de la normalidad, del trabajo fecundo, de la iniciativa dignificante. Al salir a la Rambla de Santa Mónica, unos coches llenos de confetti o arrastrando restos de serpentinadas recordaban la fiesta reciente, la «batalla de Flores» del Paseo de Gracia, organizada en frío, sin ambiente ni animación. Los vendedores de diarios, pregonaban los de la noche con las noticias de otras batallas, menos florales que las del paseo; y por las Ramblas discurría un concurso enorme, todo un río humano caudaloso y magnífico, en esa hora de diástole del retiro, bajo los focos eléctricos y el incendio de los anuncios luminosos.

He aquí — pensaba — a unos hombres que se desviven por un ideal, que le consagran las únicas horas de su descanso y las únicas pesetas de su ahorro; que después de ocho, de diez, de doce horas de trabajo enervante acuden al Centro para estudiar, para tratar de sus proyectos, para trabajar todavía más horas en la obra común. Como esos hombres otros en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Austria, en Rusia, se movían tal vez dentro de atmósfera parecida y se juntaban en el seno de la paz, para su elevación o para rendir culto a su ideal. Un rayo, el de la guerra, bastó para destruir en un instante una multitud de refugios como éste, de ideales patrióticos como éste, de ilusiones generosas como éstas, de vidas juveniles como éstas...

MIGUEL S. OLIVER.

La Sal Natural de Sprudel
de **Carlsbad**
es la única legítima Sal de

LA RUTH ALCARREÑA. POR JOSÉ PÉREZ HERVÁS, dibujo de Mas y Fondevila



La hemos encontrado en el campo del candeal, detrás de los segadores

I

Los potros hacían saltar la trilladera sobre la parva. Restallaban los látigos los gañanes y daban al aire sus canciones.

El trigo cañivano, algo pasado en la siega, brincaba, resquebrajadizo como el maíz, soltando un polvo de oro que surgía loco a bañarse en el sol ardiente del estío.

A un lado de la era, el Sr. Juan, dueño de aquella riqueza, sentado en un acervo de gavillas vigilaba la maniobra. Al otro, gañanes y mozas zaranda-

ban el grano en los trilleros. Un poco más allá, otros jornaleros aventaban la paja.

De los frondosos y polvorientos árboles de la abrasada carretera, llegaba monótono y estridente el chirrido de las chicharras.

Sobre la blanca cinta del ancho caminal, veíanse, cada vez más próximos, carros con más trigo.

El Sr. Juan estaba orondo, contentísimo; la cosecha había sido como nunca se había visto en la Alcarria, y en Alcuneza la mano del divino madurador de los frutos se había mostrado pródiga hasta la saciedad.

Miraba embobado los carros que se acercaban, cuando de detrás del primero vió salir a Colás, el mozo más trincapiñones del pueblo, que avanzaba hacia la era en compañía de una pobre mujer que llevaba recogida por delante la sobrefalda.

Ya cerca ellos, vió el Sr. Juan con asombro una cara joven y fresca, que no le era del todo desconocida, en la mujer, y preguntó a Colás:

— ¿Adónde vas con esta mujer?

— Aquí, mi amo. La hemos encontrado en el campo del candeal, detrás de los segadores. ¡Mire usted qué falda de espigas lleva!

La pobre mujer mostró voluntariamente lo que en su saya doblada llevaba escondido, al mismo tiempo que su rostro enrojecía suavemente.

— Y la he traído, añadió Colás, por si quiere usted, mi amo, que la lleve a los civiles...

El Sr. Juan no contestó al pronto. Limpióse el sudor de la frente, miró despaciosamente a la joven, y preguntó:

- ¿Cómo te llamas?
- Macaria.
- ¿Eres de aquí?
- No, señor.
- ¿De dónde?
- De Teruel.

Y al Sr. Juan no se le ocurrió preguntar más. Entonces fué Colás quien añadió:

— Es la nuera de la tía Quiteria, la de los Blancos, la que vino cuando el raboteo.

Esta explicación volvió el habla al Sr. Juan, quien pronunció malhumorado:

— Alza, Colás, agarra un bielgo y a bieldar. Ya me arreglaré yo.

Colás hizo un gesto de vinagre, pero ante el ceño del Sr. Juan, obedeció.

— ¡Antón!, llamó el amo.

Y un vejantón que zarandaba grano, dejó el trillero y se acercó al Sr. Juan y a Macaria.

— Ve con esta mujer al campo de candeal; y de mi parte manda que no la inquieten; puede recoger las espigas que en el campo queden.

Macaria quiso besar las manos del hacendado; pero éste lo evitó con suavidad; y cuando el viejo marchaba ya con la joven, volvió a llamar:

— ¡Antón!

Tornó éste a su lado y oyó:

— A ver si me entiendes... Te pones a segar con los demás, y cuantas espigas cortas las dejas caer al campo, para que las coja esa joven, sin notar que lo haces de intento.

II

El Sr. Juan había terminado de cenar. En mangas de camisa, sentado a la puerta de su casa en una silla de anea echada contra la pared, fumaba tranquilamente su cigarro y miraba al cielo.

Allá, altísimo, el lucero de la tarde brillaba solitario, invisibles aún las estrellas por el claror intenso del crepúsculo estival. ¡Cuántos buenos pensamientos no ha inspirado el cielo!

El Sr. Juan sintió de pronto ganas de llorar. ¿Por qué? Ni él mismo lo podía decir, ni quizás se daba cuenta de que ante los ojos de su mente aparecía constante la imagen tranquila de Macaria, su rostro nacarino, sus ojos de noche.

El Sr. Juan no había analizado nunca sus sentimientos. Solo en el mundo, sin familia alguna, sus únicos amores habían sido sus campos y sus bestias; y si hacía algunas buenas obras era porque el párroco de Alcuneza le pedía contantemente para los pobres.

Sin embargo, no era un misántropo, ni mucho menos. Era que si hasta entonces había mirado al cielo, no había puesto sus ojos en los de una mujer. Y si el cielo inspira buenos sentimientos, los ojos de la mujer buena determinan a la práctica del bien.

Hizose noche: y el Sr. Juan cerró la puerta de su casa y retiróse a descansar: vano empeño. Estaba desasosegado, se ahogaba.

Le pareció oír ruido en la panera; se armó de su escopeta; subió; las trojes estaban cerradas; para respirar, se asomó a la buharda y entre el rumor de la noche percibió cercana una conversación:

— No, Colás, no; te digo que no. El Sr. Juan, lo único que habrá sentido por ella es lástima; de lástima han sido sus palabras...

— Sr. Antón, palabras de santo, uñas de gato. Pero le aseguro al tío pañalón ése que si se interpone en mi camino le costará caro. Macaria será mía, y mía solamente. ¡Pobre de él si se atreve!

«¡Vitor la ronca!», murmuró desde su observatorio el Sr. Juan, y como no podía desde allí arri-

marle la bota al nalgatorio, estuvo en un tris que no le descerrajase un tiro al tuntún en las tinieblas.

No oyó más, porque las voces se alejaron; pero se quedó temblando de coraje, pensaba él, y en realidad, de celos.

Estuvo un rato indeciso; mas bien pronto se de-



Mendiga, cuadro de Laureano Barrau que figuró en la Exposición de las obras de este pintor hace poco celebrada en las Galerías Layetanas. (Fo. de Serra.)

terminó. Colgóse la escopeta en bandolera, descendió al portalón, abrió y se lanzó a la calle.

¿Adónde iba? No lo sabía; pero temía que Colás pusiese en práctica aquella misma noche algún ardid para perder a Macaria, y el Sr. Juan se proponía impedirlo, arrastrado a ello por fuerza desconocida.

En la plaza se topó con el párroco que se retiraba después de visitar a los enfermos del pueblo. El buen sacerdote se asustó al notar la excitación del hacendado, y procuró serenarle:

— ¡Válgame Dios!, dijo, Sr. Juan, ¿y adónde camina usted con esa escopeta y esa cara de loco?

— No me entretenga, D. Romualdo; debo buscar a un bandido, a ese maldito Colás, que tal vez a estas horas esté cometiendo un crimen...

— ¿Colás? No viene de progenie criminal; de fanfarrones, sí; pero dígame usted, ¿qué ocurre?

— Es por Macaria...

— Ah, ya; la de las espigas; lo sé; él la sorprendió en el campo de usted y la propuso el precio de no denunciarla a usted. Es un bestia, nada más... ¿Y a usted le interesa esa joven? Bien, bien, Sr. Juan; en verdad, es una mujer pobre, pero con un corazón

de oro... Me alegro, hombre, me alegro... Vamos, acompañeme usted a casa, que echaremos una parrada sobre la guerra...

— Pero, D. Romualdo, ¿y si Colás?..

— Quiá, hombre, quiá... Macaria, sabe usted, ha estudiado munitoria... Sí, hombre, el arte de fortalecer una plaza; el temor de Dios... No tenga usted temor alguno por ella... Además, está con su suegra, la tía Quiteria, otra mujer de Dios; las conozco bien, pobrecitas.

— ¿Han venido de Teruel?

— Sí, la tía Quiteria fué allí con su hijo, y éste, que en gloria esté, casó allí con Macaria; la cual, muerto su esposo, no quiso abandonar a su suegra, y la acompañó hasta aquí... Yo mismo la he aconsejado que fuese tras los segadores en el campo de usted; oh, Macaria es una bellísima alma.

Habían llegado a la casa del párroco; y, entrando en la salita, el Sr. Juan dejó su escopeta en un rincón, y se acercó a la mesa, donde D. Romualdo tenía los periódicos del día.

Sobre la mesa, al centro y en nítida pecera, dos flores de espuma, peces de brillantes colores, nadaban lentos de arriba abajo, de abajo arriba, en zigzag, en círculo, atrayendo las miradas del Sr. Juan.

D. Romualdo, que lo vió distraído, no le quiso interrumpir en aquel descanso mental que sedaba su excitación. De pronto, empero, un llamar precipitado a la puerta sacólos de su silencio; y poco después, precedidas del ama que había salido a abrir, entraron en la salita la tía Quiteria y Macaria, con muestras sobradas de agitación.

III

El Sr. Juan estuvo algunos días entre la vida y la muerte. Después, la convalecencia fué rápida, absoluta, y para la Virgen de Septiembre se supo en Alcuneza la sorprendente noticia.

El Sr. Juan, el propietario más rico de la Alcarria, se casaba con la pobre Macaria.

Colás, que a traición le había herido una noche de estío cuando le vió salir de casa del párroco, donde se había refugiado la joven viuda huyendo de su insensata persecución; Colás, que había tenido la osadía de resistir a la guardia civil que fué a prenderle, había muerto en presidio. Podían, pues, los nuevos esposos estar seguros de que nadie turbaría su dicha conyugal.

Hacíanse lenguas las comadres de la caridad con que Macaria había asistido a su protector en su peligrosa enfermedad, y alababan el buen sentido del señor Juan, y sobre todo ensalzaban la prestancia del amor evangélico con que D. Romualdo había curado la soledad célibe del Sr. Juan y por ende la miseria de Quiteria y de Macaria, dignas, por su virtud, de todo bien.

La boda fué sonada y rimbombante. Los municipios de veinte pueblos a la redonda acudieron a dar mayor realce al acto con su presencia.

Entre los mozos hubo más de un tararira que se quedó al son de buenas noches, porque Macaria era bella que no había despertado solamente el amor del desgraciado Colás, sino que muchos habían sentido por ella un afecto hondísimo. Y es que la virtud la hacía descollar entre todas las mujeres de Alcuneza.

Después de la ceremonia nupcial, D. Romualdo subió al púlpito, y con palabras llenas de unción explicó a sus feligreses la historia de Ruth la Moabítide, y desde entonces, en toda la comarca, a Macaria la llamaron Ruth, al Sr. Juan, Boas, y a la tía Quiteria, Noemi.

Boas y Ruth todos los años al llegar la siega dan licencia a una pobre para seguir a los segadores, los cuales de intento dejan caer puñados de espigas. Y por las bendiciones de los pobres se ha propagado en la comarca la historia de la Ruth alcarreña.



Caja de madera con pinturas de hojas y flores ejecutadas por Luisa Benjamín, del Instituto Politécnico Escuela de Bellas Artes de Melbourne, premiada con medalla de plata.



Estuche de madera pintada para guardar naipes, obra de Irene F. Parker, del Instituto Politécnico Escuela de Bellas Artes de Mánylebone.

Aun cuando las Escuelas de Bellas Artes inglesas han aportado un contingente numeroso de soldados a los ejércitos que luchan en distintos teatros de la guerra en defensa de su patria, la última exposición del Concurso Nacional celebrada en el Museo Victoria y Alberto de Londres en nada ha desmerecido de las anteriores ni por la cantidad ni por la calidad de las obras expuestas.

Unicamente se ha observado el hecho, consecuencia natural de las circunstancias por que atraviesa la Gran Bretaña, de que en esta exposición abundan más que las de los varones las obras de las mujeres, las cuales han obtenido la mayor parte de las recompensas señaladas para este concurso.

Como muestra de las obras expuestas, reproducimos algunas de las principales, que por su mérito artístico han llamado especialmente la atención.

Miss Luisa Benjamín ha obtenido una medalla de plata por su bonita caja de madera con bellísimas pinturas de hojas y flores.



Arca de madera con pinturas ejecutadas por Gwen White, del Instituto Politécnico Escuela de Bellas Artes de Mánylebone, premiada con medalla de oro

El estuche para naipes de miss Irene Parker tiene pintados, en elegante combinación, los diversos signos de la baraja francesa; en la parte delantera se ve la efigie de un rey con una inscripción alusiva al juego, y en la tapadera hay el busto de la Fortuna con los ojos vendados.

Con medalla de oro ha sido recompensada miss Gwen White por su arca de madera pintada. En el centro de la cara anterior está la figura de la Reina Isabel, y a los lados de ésta, formando un friso que continúa en las caras laterales y posterior, numerosos personajes de su época. La tapa, por fuera y por dentro, ostenta pinturas adecuadas al resto del arca, lo propio que los cepillos y demás objetos de tocador que aquélla contiene.

Muy notable, por su forma sencilla y elegante y por su artístico decorado, es la caja de Hilda Joyce Pócock, pintada con delicadas tonalidades de azul y oro.

Entre los objetos de esmalte ocupaba uno de los primeros lugares en la exposición el precioso joyero de Mr. Nathan Rósenberg.



Caja con adornos pintados y dorados por Hilda Joyce Pócock, del Instituto Politécnico Escuela de Bellas Artes de Mánylebone



Joyero con esmaltes ejecutado por Nathan Rósenberg, de la Escuela de Bellas Artes de Birminghám

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — En el frente occidental ha comenzado una enérgica ofensiva anglofrancesa, en una extensión de 40 kilómetros, desde Iprés al Somme, ofensiva que ha sido preparada por una larga acción de la artillería y por numerosos reconocimientos, y cuyos primeros resultados son satisfactorios para los aliados. Éstos se han apoderado de la primera línea alemana; han ocupado los pueblos de Dompierre, Bequincourt, Burrus, Fay, Curly y Frise y el bosque de Marcaucourt; han penetrado en muchos puntos en las defensas alemanas; y han hecho considerables progresos en los alrededores de Fricourt y entre Herbécourt y Asevillers, rechazando en todas partes los contraataques enemigos.

A propósito de esta ofensiva, el corresponsal del *Times* en el cuartel general inglés escribe: «Con el objeto de reprimir el carácter impulsivo del pueblo francés, que se apresura a descubrir en los sobrios comunicados ingleses mucho más de lo que significan realmente, los más competentes críticos militares franceses se dedican a hacer comprender a sus lectores que sería un error hablar de la actividad británica como de una ofensiva general. Al punto en que están, las operaciones británicas son satisfactorias y alentadoras; pero nada más.»

Y a su vez, el crítico militar del importante diario parisiense *Le Gau'ois* dice: «No hay que imaginarse que en esta región de planicies, cortada solamente por algunas colinas, el frente enemigo está desprovisto de poderosos medios de defensa. Durante el año último ha sido formidablemente organizado, tanto por el establecimiento de una serie de obras defensivas, como el reducto de Hohenzollern, de Lenz y el Laberinto al Este de Souchez, que constituyen indiscutibles testimonios de la potencia de organización enemiga, como por la preparación de los pueblos, que son otros tantos centros de resistencia. En tales condiciones, toda progresión ha de ser lenta y metódica.»

En la región de Verdún, en la orilla derecha del Mosa, los franceses han rechazado ataques contra las posiciones de Thiaumont; han tomado, perdido y recuperado la obra de defensa de este nombre; han hecho algunos progresos al Norte de la altura 321 y han tomado algunos elementos de trincheras avanzadas entre los bosques de Fumín y Chenois; y en la orilla izquierda de aquel río, han rechazado ataques contra las posiciones situadas al Oeste de la altura 304 y contra las del bosque de Avocourt.

En la Champaña, han desalojado a los alemanes que habían conseguido penetrar en algunos pequeños puestos hacia el saliente de Tahure, y en este último punto y al Oeste del cerro de Mesnil han limpiado las trincheras enemigas de primera línea y penetrado, en algunos puntos, hasta las de segunda línea.



El tsar Nicolás II y el general Brusiloff en el frente de batalla. (Fotografía de Central News.)

sectores contiguos al Somme, en donde una división se retiró desde las trincheras más avanzadas a las posiciones de apoyo situadas entre la primera y segunda líneas. Dicen, además, que en muchos puntos han rechazado los ataques anglofranceses.

En la región de Verdún, en la orilla derecha del Mosa, han rechazado ataques contra el fuerte de Thiaumont, que afirman está en su poder, contra el fuerte de Vaux y contra las posiciones últimamente conquistadas de Terre Froide y el pueblo de Fleury; y en la orilla izquierda, han rechazado ataques contra la altura de Mort Homme y se han apoderado de algunos elementos de trinchera en la altura 304.

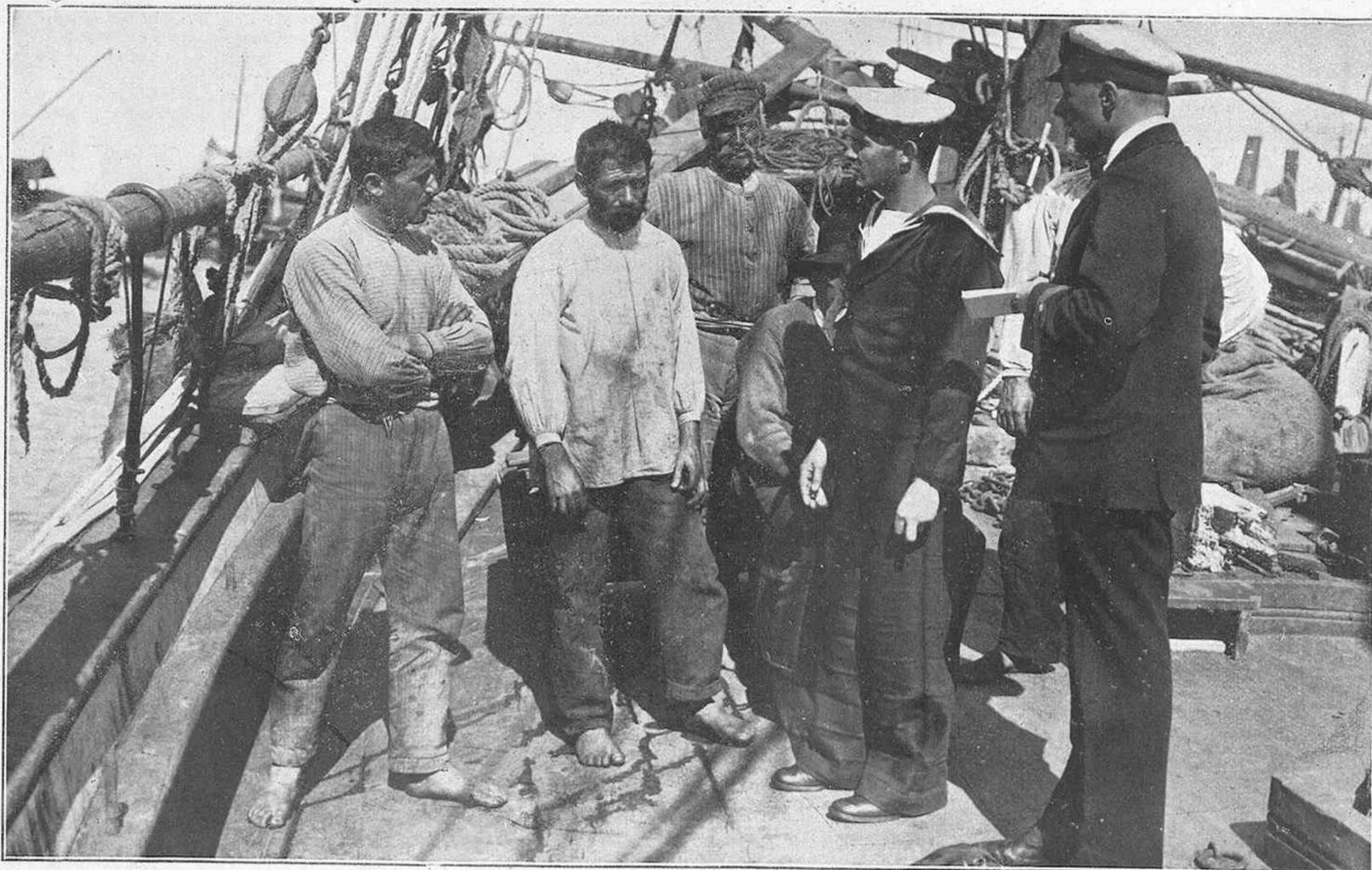
En la Champaña, han rechazado un intento de avance de los franceses al Sudeste de Tahure y cerca de la granja de Maisons de Champagne.

Teatro de la guerra de Oriente. — La ofensiva rusa parece contenida en todo el frente austriaco, excepto en el extremo Sur en donde prosigue, si bien con alguna menor intensidad que en las primeras semanas; y en el frente alemán, son los alemanes los que atacan, habiendo obtenido algunas ventajas.

Los rusos han rechazado a los alemanes que intentaban acercarse a sus líneas en la extremidad occidental del lago Babit; han rechazado varias ofensivas alemanas en la comarca de la granja de Scroboff (al Norte de Baranovitchi), en la cabeza de Luzk, al Norte del lago de Vigonowskoil, en la región de Linewka, a orillas del Stochod, entre los lagos Dolja y Voltchino, en la región atravesada por la carretera de Slutzk, al Sudoeste de Riga, al Norte del lago Miadzol, en la región de Sokul, al Sudeste de Kischine y en la región del Lipa.

En el frente austriaco han tomado un reducto a orillas del Styr, en la región de la estación de Czartorysk; han cruzado el Dniéster al Sur de Buczacz, ocupando los pueblos de Skiekerghine y Peteuve; en la región de Kimpolung, han ocupado las posiciones de Pozorik; hacia Czernovitz han rechazado al enemigo hasta la otra orilla del río Duboretz, afluente meridional del Pruth; han tomado tres líneas de trincheras entre este último río y el Dniéster; han roto la primera línea de trincheras enemigas al Norte de Radziwilow; han tomado el poblado de Obetyń al Sur del Dniéster; y se han apoderado de Kolomea, ciudad de grandísima importancia porque en ella convergen los principales ferrocarriles de la Bukovina.

Los alemanes han asaltado las primeras posiciones rusas al Oeste de Sokul, tomando, además, el pueblo de Yanowka; han rechazado ataques entre Dubatowka y Smorgon; han rechazado contraataques al Sudeste de Linowka; han obtenido ventajas en combates librados al Norte del lago Ilsen (Sudoeste de Dnaburg) y al Oeste y al Sudoeste de Luzk; y han asaltado una altura al Noroeste de Tarnopol.



Procedimientos marítimos de la Armada británica. — Oficial inglés investigando escrupulosamente el carácter de un buque mercante. (De fotografía de Central News.)

Los alemanes, refiriéndose a la ofensiva anglofrancesa, dicen que desde Gommecourt hasta cerca de La Boisselle el enemigo no ha logrado ninguna ventaja apreciable, pero que en cambio ha conseguido penetrar en algunas posiciones aisladas en las líneas avanzadas de ambos

Los austriacos han rechazado ataques al Norte de Kutý, al Oeste de Novoponzajew, al Norte de Obetyń, cerca de Pystin y al Sudeste de Tlumacz; pero se han visto obligados, después de una enérgica resistencia, a retirarse al Sur de Kolomea.



La guerra en el África meridional. - Soldados del cuerpo de servicio de Rhodesia marchando a la línea de combate en un vagón automóvil
(De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

Italianos y austriacos. - Los austriacos han logrado contener el avance de los italianos y así lo reconocen éstos cuando en uno de sus partes oficiales dicen que «entre el Adigio y el Brenta nuestras tropas han llegado a una línea principal de resistencia, donde el enemigo, fuertemente atrincherado y sostenido por numerosas baterías y ametralladoras, resiste nuestra ofensiva.»

Los principales hechos acaecidos en este frente durante la última semana han sido los siguientes, según se desprende de los partes oficiales de cada uno de los beligerantes.

Los italianos, en el valle de Arsa han avanzado hasta la meseta de Sette Comuni, ocupando varios montes, Asiago y otras poblaciones, el lado Sur del mencionado valle, las posiciones del monte Colombara, las pendientes del monte Trapola, la línea de Valmorbia y las vertientes al Sur del Spiel; y han asaltado el fuerte de Motassone. Sobre Pásubio, han conquistado varias trincheras cerca de Magna Cognagnoli. En el frente del Posina, han ocupado Prianea, Posina y Arsiero y la fuerte posición de Zcetta, han escalado el monte Majo y han completado la conquista de este monte y tomado las pendientes meridionales del monte Seluggio. En el valle de Sugana han ocupado la cima del monte Civerone. En el valle de Lagarina se han apoderado de varias trincheras cerca de Molga Zugna; y en el Carso han penetrado en varias trincheras.

Los austriacos, después de afirmar que entre el Brenta y el Etsch han acortado el frente, habiendo efectuado esta operación sin impedimento, sin ser vistos y sin bajas, hasta el punto de que los italianos estuvieron bombardeando durante veinticuatro horas posiciones que ellos creían ocupadas y que habían sido abandonadas, dicen que en el nuevo frente han rechazado todos los ataques enemigos. En otros frentes, han rechazado ataques en el sector de Ploeken, en el grande y Pequeño Pal y en el Freikopfel (Carintia); contra los montes San Michele y San Martino; en el sector de la meseta de Doberdo; y en la cabeza de puente de Gor'ca, han rechazado a los italianos que habían logrado penetrar en las trincheras avanzadas al Sud de Podgora.

MELILLA. - NUEVA OPERACIÓN
(Véanse los grabados de la página 455.)

Una reciente operación realizada con feliz éxito ha venido a continuar los triunfos alcanzados por nuestras tropas en la zona de Melilla y el avance en la meseta de Tikermin, iniciado por el hoy Alto Comisario general Jordana y prosiguído por el actual Comandante general de aquella plaza. En esta última operación nuestros soldados han ocupado las nuevas posiciones de Chemorra, Draa, Chuket y Tafsat, y gracias a

esto se ha aumentado de un modo considerable el aislamiento de la cabilia de los Beni Saíd.

El alto mando, con muy buen acuerdo, no ha querido que las tropas españolas se internasen en el territorio de esta cabilia, territorio montañoso más complicado, más extenso y más salvaje que el del Gurugú y cuyos habitantes hallábanse dispuestos a defenderlo palmo a palmo, y ha preferido ir desarrollando sin grandes víctimas, de modo lento y mediante la hábil combinación de la política y de la fuerza, un plan metódico merced al cual lo que hubiera costado centenares de bajas por el sistema de avances rápidos, resultará al final casi incruento con estos metódicos saltos a vanguardia.

Los Beni Saíd son gente belicosa y constituían una barrera a nuestra operación.

La acción política creó allí un partido amigo; pero son todavía muchos los rebeldes y varios los poblados que a pesar de verse flanqueados por nuestros cañones se resisten a solicitar el *amán*.

Ahora, gracias a esta última operación, continuación, como hemos indicado, de otras realizadas con anterioridad felizmente, aquella cabilia queda estrechada dentro de un círculo de hierro, por lo que forzosamente habrá de someterse más o menos tarde.

En la última operación, que dirigió el general Aizpuru, tomaron parte las columnas siguientes: la del coronel Espinosa, que ocupó sin gran resistencia la colina de Chemorra; la del coronel Cavanna, que se reunió con la anterior, después de haber sostenido fuego con los rebeldes; la del comandante Coronel, que ocupó el monte de Tafsat; la del coronel Ruibal, que marchó también a Tafsat; la del coronel Suárez Inclán que ocupó las posiciones del Draa y de Chuket; la del general Monteverde que iba detrás de la anterior; la del coronel Soussa, que formó la extrema izquierda de la línea de combate; y la del coronel Bermúdez de Castro, que constituía la reserva general.

Después de ocupadas las posiciones, generalizóse el fuego en toda la línea, habiendo tenido que funcionar la artillería. Todas las fuerzas se portaron admirablemente, distinguiéndose de una manera especial las indígenas que llevaron la mayor parte del peso de la jornada.

A las tres y media de la tarde, el Comandante general dió la orden de regreso, durante el cual los rebeldes acentuaron el fuego al que contestaron con firmeza y eficacia las fuerzas que permanecían en las nuevas posiciones. El repliegue se efectuó con el mayor orden, como en un campo de maniobras, y las posiciones ocupadas, debidamente fortificadas, quedaron guarnecidas por las necesarias fuerzas.

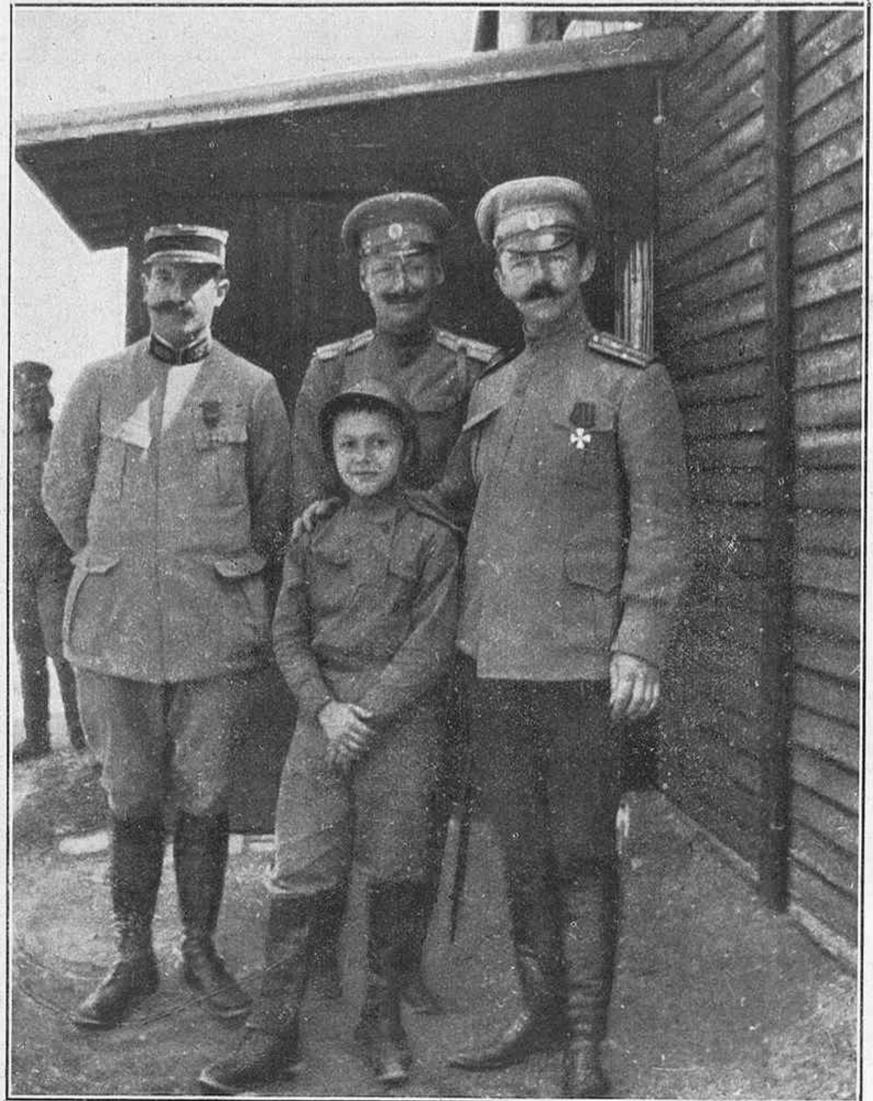
Después del paso del Kert, esta última operación es la de mayor trascendencia, tanto en el orden político como en el militar, de cuantas se han efectuado en aquella zona.



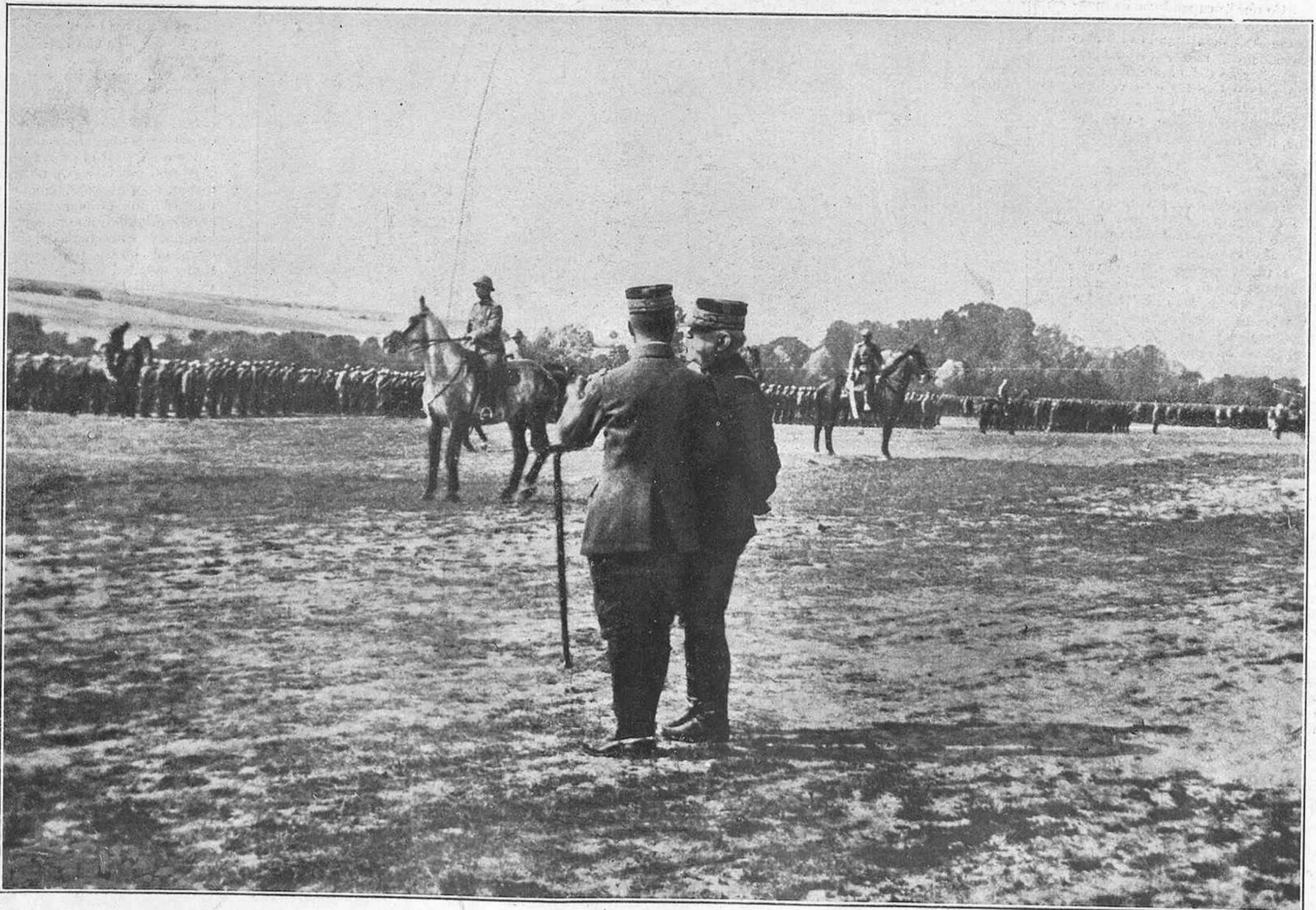
El submarino británico N.º 14 cruzando los Dardanelos en tiempo borrascoso
El notable escritor inglés Rudyard Kipling ha publicado en el periódico londinense *El Comercio* un artículo relatando las hazañas realizadas en el mar de Mármara por este submarino, en unión de los números 11 y 12. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)



Las precauciones de la policía griega en Salónica. - Agentes de policía cacheando a los concurrentes a un mitin venizelista para ver si llevan encima armas



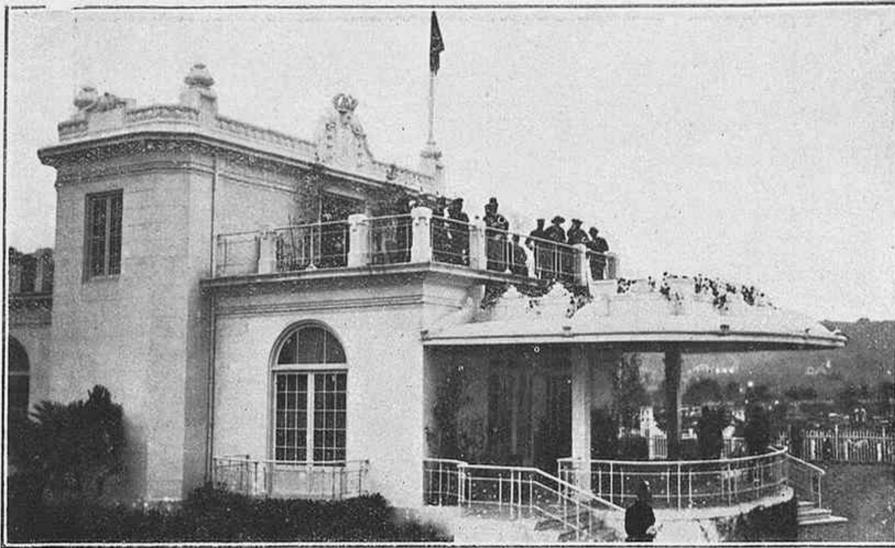
En el campo de Mailly. - Niño *mascota* de un regimiento ruso que ha seguido a éste desde el principio de la guerra en Polonia y en todos los frentes en donde se ha batido



En el campo de Mailly. - Los generales Joffre y Gouraud revistando las tropas rusas antes de partir éstas para la línea de batalla



La despedida suprema, episodio ocurrido en Flandes meridional mientras una batería inglesa se encaminaba a la línea de batalla para tomar posiciones
Dibujo de F. Matania. (Reproducción autorizada.)



San Sebastián. Inauguración del nuevo Hipódromo. - La tribuna regia S. M. el Rey y la Real familia presenciando las carreras desde la terraza

SAN SEBASTIAN INAUGURACIÓN DEL NUEVO HIPÓDROMO

En la hermosa capital donostiarra han comenzado los festejos de la temporada veraniega, con la inauguración del nuevo Hipódromo construido en término de Lasarte, en las inmediaciones de San Sebastián.

Reúne este Hipódromo todas las condiciones que puedan desearse para el deporte hípico: la pista forma una elipse cuya cuerda interior tiene un desarrollo longitudinal de 1.525 metros, siendo el de la periferia de 2.100, y está separada del terreno circundante por una valla de hierro o madera.

La tribuna regia, que tiene acceso independiente de las demás entradas, consta de planta baja, con un hall, comedor y servicios higiénicos, y un piso superior, con un salón y dos terrazas al aire libre, una que da a la pista y otra al lado opuesto y desde la cual se ve la entrada del público, el pesaje, el stand, etc.

Sigue luego, dejando un gran espacio, el edificio del pesaje, las dependencias de la administración, la sala de los jockeys, enfermería, teléfonos y telégrafos, y adosada a este edificio una oficina para las apuestas mutuas.

de J. D. Cohn, montado por el jockey Stocke; segundo, *Spirit*, de la misma cuadra, y tercero, *Meigs*, de Vanderbildt.

La quinta carrera era la del «Premio debut» (vallas), de 3.000 francos, siendo la distancia a recorrer de 1.800 metros; estaba reservada para caballos de cuatro o más años, de todos los países, que no hubiesen corrido nunca obstáculos. Se inscribieron diez caballos, de los cuales se retiraron tres, y ganó *J'en donne*, de J. P. Thorne, habiendo llegado en segundo lugar *Boticelli*, de Juan Lied.

La inauguración del Hipódromo ha constituido un éxito bajo todos conceptos brillante.

MADRID. - HOMENAJE AL PINTOR ANGLADA

En el Hotel Ritz se ha celebrado un banquete en honor del eminente artista Hermenegildo Anglada y en celebración del grandioso éxito por éste obtenido en la actual exposición de

NOTAS DE ACTUALIDAD. - SAN SEBASTIÁN. MADRID. MELILLA



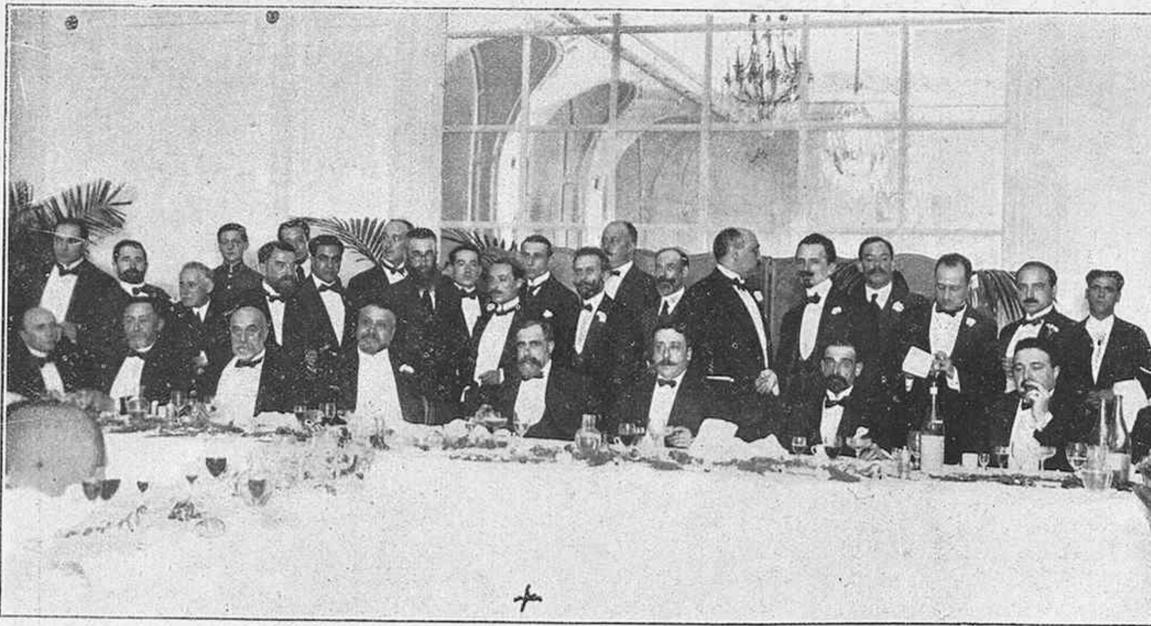
S. M. el Rey viendo los caballos que iban a tomar parte en la carrera «Gran premio San Sebastián», de 100.000 francos. (Fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

MELILLA. - NAUFRAGOS JAPONESES

A Melilla llegaron hace pocos días cuarenta y un naufragos del vapor japonés *Daiyetau Maru* que fué torpedeado por un submarino austriaco en el Mediterráneo a unas cuarenta y cinco millas de Barcelona. Dichos naufragos fueron recogidos por el vapor griego *Emmanuel*, que, procedente de Marsella, pasaba por el sitio donde ocurrió el torpedeamiento.

Según relato del capitán del *Emmanuel*, el submarino lanzó hasta siete torpedos contra el *Daiyetau Maru*, que se hundió lentamente mientras se arriaban los cables y los botes y se procedía al salvamento de la tripulación. Cuando se alejó el submarino, el buque griego se acercó al japonés y pudo salvar a todos los tripulantes del mismo.

Estos eran, como hemos dicho, cuarenta y uno, componiendo la oficialidad el capitán Matzubaz-Astú, el capitán segundo Foukagara, el capitán tercero Fujita y el capitán cuarto Usui. Completan la dotación cuatro jefes mecánicos, quince maquinistas y fogoneros, tres timoneles, un cocinero, dos mozos de comedor, dos carpinteros, un pintor, un encargado de los equipajes y los marineros.



Madrid. - Banquete dado en el Hotel Ritz en honor del ilustre pintor Hermenegildo Anglada (x) con motivo del gran éxito conseguido con su actual exposición en el Retiro. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

En la misma línea que la tribuna regia, y frente a la pista, está la gran tribuna para el público de preferencia, con cabida para 2.000 espectadores.

El día de la inauguración ofrecía el hipódromo un aspecto brillantísimo; una concurrencia enorme llenaba la tribuna y el sitio destinado al público, pudiendo afirmarse que estaba allí congregada toda la alta sociedad donostiarra.

En la tribuna regia hallábanse S. M. el Rey Don Alfonso XIII y SS. AA. los Infantes D. Carlos y D.^a Luisa y los Príncipes D. Felipe, D.^a María Luisa y D. Raniero de Borbón.

En la primera carrera, «Premio nacional de apertura» (2.000 pesetas); distancia 1.000 metros, para caballos de pura sangre, desde tres años, nacidos en España, tomaron parte cuatro caballos, habiendo ganado *Milton*, del conde de la Cimetra.

Para la segunda, «Premio internacional mixto» (5.000 francos); distancia 1.000 metros, para caballos de todos los países, de cuatro o más años, se matricularon diez caballos, habiendo resultado vencedor *Amagh*, de Mr. W. K. Vanderbildt.

Catorce caballos tomaron parte en la tercera carrera, «Premio de la Concha» (5.000 francos); distancia 1.800 metros, para caballos de todos los países. Después de una lucha empuñadísima ganó *Vallorbe*, de J. D. Cohn, montado por el jockey Stern.

La cuarta carrera había despertado interés excepcional, porque en ella debía disputarse el «Gran premio de San Sebastián», de 100.000 francos. La distancia a recorrer era de 2.400 metros y podían tomar parte en la carrera caballos enteros y potros de cualquier país, de tres años o más, de pura sangre. Tomaron parte en ella los 26 caballos inscritos y la carrera resultó interesantísima y emocionante. Llegó primero *Tidóy*,

sus obras en el Palacio de Exposiciones del Retiro. Ocupó la presidencia el homenajeado, quien tenía a sus lados a los señores Anguita, director general de Bellas Artes; Francos Rodríguez, presidente del Círculo de Bellas Artes; al diputado a Cortes catalán Sr. Cambó, y a los artistas y críticos señores López Mezquita, Lloréns, Verdugo, Santamaría, Francés, Blay, Pinazo e Inurria.

Al acto, que resultó brillantísimo, asistieron más de cien comensales, figurando entre ellos distinguidas personalidades del arte, de la literatura y de la política.

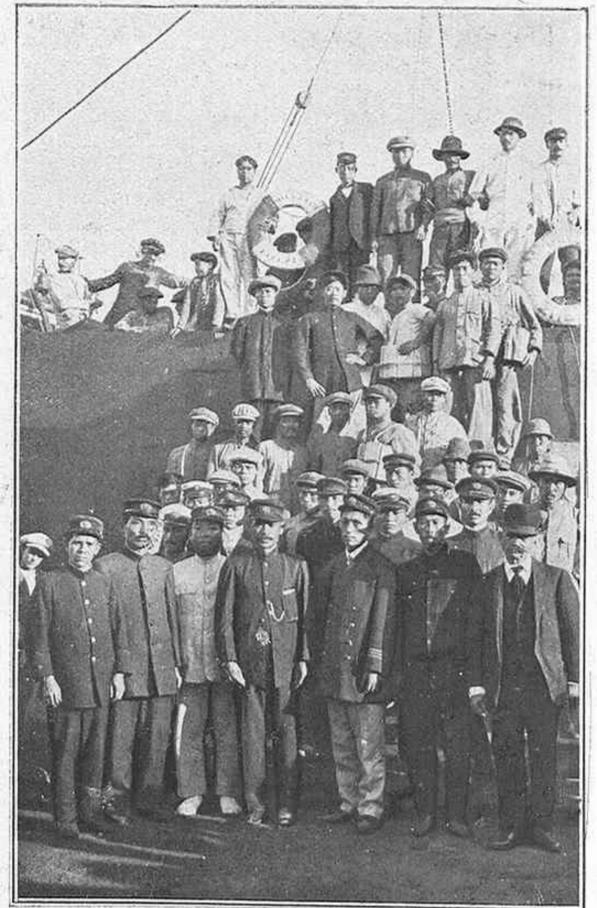
Antes de que se iniciaran los brindis, el Sr. Francés dió cuenta de las numerosísimas adhesiones recibidas, entre ellas las de los señores conde de Romanones, Rivas, marqueses de Montesa y Vega Inclán, Rusiñol, Hoyos, Alvarez Quintero, Marina, López Ayala, Ardevín, Madrazo, Periquet, Néstor y Barriobero.

Pronunciaron discursos elocuentes los Sres. Francos Rodríguez, Anguita, Cambó, Larroche, Valle Inclán y Doménech, quienes hicieron resaltar el gran éxito alcanzado por el eminente colorista, cuyos talentos tanto admira el público como alaba la crítica.

Los oradores indicaron también la conveniencia de solicitar la cooperación oficial a fin de impedir que salga de España la obra tan personal del pintor insigne, cuya labor representa una de las más brillantes y originales modalidades del arte patrio.

Esta indicación ha sido formulada también en muchos diarios matritenses por reputados críticos.

El Sr. Anglada, en breves frases, expresó su gratitud profunda por el cordial agasajo y por las pruebas de cariño y admiración que se le tributaban.



Melilla. - Grupo de oficiales y marineros japoneses del vapor *Daiyetau Maru*, que fué torpedeado por un submarino austriaco a 45 millas de Barcelona. Grupo impresionado a la llegada a Melilla del vapor griego *Emmanuel*, que recogió a los naufragos. (De fotografía de Lázaro.)

A las pocas horas de haber llegado a Melilla, el comandante y los dos primeros oficiales del *Daiyetau Maru* estuvieron en la Comandancia general conferenciando breve rato con el general Aizquru.

El comandante de Marina Sr. García Velázquez estuvo a bordo del *Emmanuel* informándose detenidamente del estado de los tripulantes japoneses y de las circunstancias en que había ocurrido el torpedeamiento del *Daiyetau Maru*.

LA ESPUMA DEL MAR

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE J. BASTÉ



... cuando el amigo Nebuli hubo exclamado: «¡No es él!», Clarita y Anita aparecieron también

En el hueco de la puerta aparecieron Clarita y Valentín, pálidos, cogidos de la mano.

Viendo al Sr. Bini, a quien no esperaban encontrar con nosotros, se detuvieron un instante, sólo un instante, porque Anita se precipitó hacia su amiga y la estrechó entre sus brazos.

Mientras tanto el viejo, haciéndose el distraído, había tenido el buen acuerdo de ocultarse en mi estudio.

Una vez solos, el amigo Nebuli balbució con voz apagada:

— ¡Él!

Y yo, con voz apagada, balbucí:

— ¡Ánimo!

Y le estreché la mano.

— ¿Ha visto a Clarita?, pregunté esforzándome en dar firmeza a la voz.

— No.

— ¿Y tú le has visto?

— Tampoco.

Se me acudían cien preguntas, que dejé a un lado para pensar tan sólo en la gravísima necesidad del momento.

— ¡Ánimo!, repetí; allá voy.

Y salí, después de haber visto, con la última mirada, a Anita, la cual, para consolar a su amiga, lloraba a lágrima viva, y a Valentín y Clarita, que permanecían inmóviles, con la mirada fija.

En el rellano de la escalera se me juntó el señor Bini.

— Me iba, me dijo, porque en estos momentos... Lo he comprendido todo.

Yo no lo dudaba en lo más mínimo, y sin embargo esta vez no había comprendido nada.

— ¡Su amigo ha perdido el pleito!

— No, no; se engaña usted...

— No me engañó; son las dos de la tarde; a estas horas lo ha perdido.

Sus palabras me sonaban en el oído como un zumbido, porque, al subir la escalera, hilvanaba otras ideas.

A la puerta de casa Nebuli detuve al viejo, que se marchaba, y le dije:

— ¿Quiere usted venir también a recibirlo?

— ¿A quién?

— Al Sr. Salvioni.

Esta vez lo había dejado estupefacto; pero, ¡Dios misericordioso, a qué costa!

Abrióse la puerta y entramos, solemnes los dos; pero, por más que hice, más solemne él que yo.

XVI

EL SR. SALVIONI HABLA

Al entrar nosotros, el Sr. Salvioni estaba de pie, en medio del salón; nos daba la espalda y permanecía cabizbajo. Al oírnos, se volvió, nos dió una mirada fugitiva; que me pareció oblicua o temerosa, y nos saludó fijando los ojos en la ventana de enfrente.

Yo me acerqué a él, procurando darle a entender que me sonreía y que estaba lleno de desenvoltura.

Empujé una butaca, que sin rumor fué a meterse entre las piernas, y le invité a que tomase asiento.

Él se dejó caer en la butaca.

Aun no habíamos proferido una palabra, cuando el Sr. Bini, que se había quedado como clavado en el umbral, se volvió, enfiló la puerta y desapareció.

Habiendo quedado solo con Salvioni, rompí el silencio:

— ¿Es usted?..

Él siguió callado, con los ojos fijos en los cristales.

— Yo proseguí:

— ¿Es usted D. José Salvioni? ¿Es usted el que ha escrito una carta al Sr. Nebuli?

— Yo soy el que le ha escrito.

Él seguía examinando los cristales, y yo empecé a examinarlo a él.

Lo que atraía mi mirada era una gruesa cadena de acero, la cual, con su peso, hacía salir del bolsillo deshinchado del chaleco más de la mitad de una llavecita.

¡Pobre Salvioni! ¡Cómo iba vestido! Una chaqueta de un color que no existe en la naturaleza y de una tela que en su origen (sabe Dios cuándo) había sido vendida quizá por lana pura, pero de la cual había desaparecido ya la poca lana que el fabricante había puesto para excusar su engaño.

Le rodeaba el cuello una corbata, negra también, reducida por sus pliegues, que son como quien dice los malos hábitos de las corbatas, a parecer el cordón de un féretro.

De pronto, mientras yo procedía a aquel examen, el Sr. Salvioni, empachado por mi curiosidad, em-

pezó a hablar, con una voz seca, nerviosa y petulante:

— Sí, la carta se la escribí yo; no he esperado su contestación, porque he sabido dónde vivía, y he venido... Busca por medio de los periódicos un Salvioni; he aquí uno; haga de él lo que quiera.

Así habló él, sin apartar los ojos de la ventana, y yo, entre asombrado y conmovido, le pregunté:

— ¿Usted no sabe de lo que se trata?.. Entonces...

— Entonces..., dijo él, ¿soy un aventurero, un vagabundo? Lo reconozco; soy un aventurero y un vagabundo... Hágame meter en la cárcel, o déme para comprar pan a mi hijita que tiene hambre...

— ¿Entonces?, repetí levantándome; claro está..., usted no es rubio, y no tiene tampoco la cicatriz en la frente; usted no es Salvioni.

— Dispense usted, murmuró el desconocido, amansado por la expresión de alegría que leía en mi rostro; usted dispense, me llamo Salvioni; no me llamo José, no soy rubio, no tengo la cicatriz, pero ¿qué importa si mi hijita tiene hambre?

El infeliz se interrumpió y miró receloso en torno suyo, y yo oí un apagado murmullo de voces detrás de la puerta, que se abrió de repente.

Bruscamente, como si alguien lo hubiese empujado por la espalda, entró Valentín, y un instante después el Sr. Bini; cuando el amigo Nebuli hubo exclamado: «¡No es él!» Clarita y Anita aparecieron también.

El Sr. Salvioni parecía buscar una salida para huir; luego trató de sostener las miradas curiosas con una ojeada cínica; pero la vergüenza lo venció, inclinó la cabeza sobre el pecho y rompió a llorar.

Pronto le rodeamos todos.

Hasta entonces había estado a punto de ceder al doble deseo de coger por una oreja al falso Salvioni y de plantarle un beso en la frente, para castigarlo por el miedo espantoso que nos había dado, y darle las gracias por nuestra alegría inmensa, que era obra suya; pero al ver a aquel hombre alto y grueso llorar como un chiquillo, al pensar que aquellas lágrimas amargas que la vergüenza le hacía verter ahora, quizá no hubiera podido producir las desventuras, mi poco rencor desapareció bajo una ola de ternura.

A las buenas palabras del Sr. Bini, a las de Valentín y a las mías, el desgraciado contestó escondiendo el rostro entre las manos.

Entonces yo dije a doña Clarita:

— Pregúntele cómo se llama su hijita.

— ¿Tiene usted una hijita? ¿Y cómo se llama?

— ¿Fué la música de aquella vocecita la que enjugó las lágrimas, o fué la pregunta?

Fué también un pañuelo (no blanco, sino todo lo contrario), que el pobre hombre sacó del bolsillo, teniéndolo ovillado en la mano para esconder sus máculas.

Luego levantó la cabeza, ensayó una mueca dolorosa para hacernos creer que sonreía y dijo:

— Sí señora..., tengo una niña de nueve años... Se llama Angelita.

Nosotros estábamos callados, y él, con los ojos inmóviles y como fijos en su desgracia, repitió:

— Sí, señor, tengo una niña de nueve años; se llama Angelita y su nombre no miente... como... Hasta hace diez meses tenía a su madre, a quien ayudaba a coser con la máquina; yo, haciendo de escribiente a un abogado, ganaba cerca de dos liras diarias... ¡Éramos demasiado felices!. De pronto, mi mujer cae enferma, está un mes en la cama, agotamos todos nuestros ahorros en medicinas, y la pobre se muere. La niña llora, reclama a su madre, y enferma también; yo abandono al abogado por no dejar sola a mi criatura; busco trabajo de copista en casa, pero tengo demasiada necesidad de él para encontrarlo. ¡Entonces vendo a escondidas la ropa de la pobre difunta!

Aquí el Sr. Salvioni se creyó obligado a hacer ver, con la mueca de poco antes, que no estaba conmovido, sino que, por el contrario, sonreía.

Después dijo, con invariable monotonía de acento:

— Angelita tenía una gran amiga, su máquina de coser; le hablaba, la acariciaba, la quería mucho: le decía que anduviese más de prisa o más despacio, y si saltaba puntos le hacía reproches. Cuando el trabajo marchaba bien, y la máquina funcionaba sin tropiezos, Angelita cantaba... Después de la ropa de la muerta, después de algunos objetos que parecían inútiles, después de otros objetos que antes me habían parecido necesarios, un día vendí la máquina de coser... Desapareció la única alegría de nuestra casa... Angelita probó de coser a mano; pero no sabiendo mucho, se pinchaba los dedos para hacer en una hora de fatigas y de lágrimas el trabajo de pocos minutos... Ya no ganó el poco dinero que la ponía orgullosa y contenta...

»Un día, la niña tuvo hambre... No me lo dijo, sabiendo que era inútil y no queriendo afligirme, pero yo lo adiviné... porque yo tenía hambre también... Acudí a todos mis conocidos; puse de manifiesto mi desventura, que había ocultado hasta entonces, volví a casa con unas cuantas liras — muy pocas — y se cenó.

»Otro día, intenté de nuevo...; pero no tenía otra cosa que decir, fuera de que volvíamos a tener hambre... ¿Otra vez?.. Y lo horrible es que se puede tener hambre todos los días... y nadie lo cree... Caí bajo mi vista el aviso del periódico, se me ocurre una idea... y escribí; momentos después de haber echado la carta en el buzón, ya me arrepentía de haberlo hecho, pues pensaba que con ello iba a causar una falsa alegría o un falso dolor... Al día siguiente, fuí a Correos, a esperar al Sr. Nebuli...

— Comprendo, interrumpí, usted le vió y le siguió, para explicárselo todo y salir quizá de un ansia cruel.

El Sr. Salvioni meneó la cabeza amargamente.

— No, no..., hubiera esperado muy bien hasta mañana...; pero la niña tiene hambre hoy también.

¡Hoy también! ¡Cómo dijo estas dos palabras!

Clarita y Anita estaban conmovidas y querían ir en seguida a ver a la criatura.

El amigo Nebuli sacó del bolsillo la cartera, quitó de ésta algunos papeles de ningún valor, y puso el resto en las manos trémulas del desgraciado, que después de haber depuesto su falsa petulancia, no hacía más que llorar.

El Sr. Bini me robó una idea que se me acababa de ocurrir: restituir a Angelita su antigua amiga, es decir, acompañar al pobre padre a comprar la máquina de coser.

Repito que esta idea se me había ocurrido también a mí, pero me impedía realizarla el temor de que fuese desproporcionada a mi bolsillo.

— ¡Bravo!, dije en voz baja al viejo; pero sepa que yo quiero pagar la mitad del importe de la máquina; me dirá lo que le haya costado.

El Sr. Bini me miró de frente y se echó a reír.

Yo pensé que debía tener venas de loco, porque, díganme ustedes, ¿qué motivo había para reír?

Estábamos en la puerta. Salvioni bajaba ya de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, cuando Valentín dijo:

— Antes de la máquina de coser, piense usted que tienen hambre.

— Es verdad, y deben tener mucha, dijo el señor Bini; no me acordaba, porque yo no tengo nunca apetito antes de las seis.

— ¿A las seis tendrá para comer con nosotros? No diga usted que no; usted no es ya un extraño; hoy ha de ser día de fiesta, queremos estar alegres... ¿Vendrá usted?

— Vendré, y apenas hubo desaparecido Valentín, el viejo añadió con un largo suspiro:

— ¡Pobre señor! ¡Y decir que con ese corazón ha perdido el pleito!

— ¿Lo ha perdido realmente?

— Son las tres... ¡Figúrese si a estas horas no lo ha perdido!

Bajó la escalera para alcanzar a Salvioni, y yo volví a entrar algo turbado.

Pero Valentín reía tan fuerte, y doña Clarita con tanta gracia, que no me fué posible conservar cinco minutos aquella inquietud, y la sacudí pensando que el Sr. Bini era aficionadísimo a las bromas, y no siempre sabía escogerlas.

Sin embargo, yo hubiera querido saber si aquel día era el del fallo del pleito.

— Alérgense ustedes, dije, esto no es más que un anticipo sobre la alegría futura; verán ustedes cómo D. José, ya difunto, nos mandará a decir que se verifique la boda, y cómo habremos salido de las zozobras del pleito.

Pero Valentín no hizo caso.

— ¿Cuándo se falla tu pleito?, pregunté entonces.

— Mañana, si no me equivoco... Recibí el aviso, pero no, se falla hoy... se ha fallado..., a estas horas probablemente todo ha concluido.

Volvió a reírse y yo volví a quedar pensativo.

El Sr. Bini trajo las mejores noticias de la niña, que era una linda criatura toda ojos; del Sr. Salvioni, que era tan honrado como infeliz; de su apetito fenomenal y de la máquina de coser.

¡Qué de chanzas en la mesa! ¡Qué de risas! ¡Qué de copas!

Pero bajo mis chanzas subsistía un doble sentido, y mis risas eran apagadas por la sordina, y en las copas que me vertían el buen humor en el cuerpo quedaban las heces de un pensamiento importuno.

Mas todo esto sucedió al principio; a los postres, cuando estuve propiamente saturado de buen humor, reí también y solté todas las agudezas que tenía en la punta de la lengua.

Solté una mirando al Sr. Bini, una capaz de haberlo desaparecer debajo de la mesa:

— ¡Ese pobre Salvioni!, dije, ¡qué mortificado estaba por haber tomado un nombre que no era el suyo! ¡Qué alma tan cándida debe tener! Ha servido de escribiente a un abogado sin hacerse una sola mancha de tinta!

Del mismo modo que yo miraba al Sr. Bini, el señor Bini me miraba a mí, y reía a más no poder. ¡Envidiable cara sin vergüenza!

En medio del choque de las últimas copas se abrió la puerta, y en el modo de abrirse comprendí que dejaba pasar una mala noticia.

Entró Marco, el enorme Marco, con una carta... Valentín la abrió, la leyó, balbució que era una broma y volvió a leerla.

Yo me había levantado.

— Retírese usted, aconsejé a Marco, que se había quedado por curiosidad.

— Retírate, repitió Valentín; no es nada, y añadió con voz serena, es mi abogado, el cual me escribe que hemos perdido el pleito, que iremos al tribunal de Casación, que podemos presentar catorce causas de nulidad.

No crean ustedes que representase ninguna comedia, hablaba como sentía, y como nadie contestase, él insistió:

— ¡Alegrarse! ¡No por esto me encuentro arruinado! Trabajaré. ¡Y desde luego venderé la *Espuma del mar!* ¿Verdad, Sr. Bini?

¡Ustedes creerán que el Sr. Bini se rió y se restregó las manos! Así lo esperaba yo, pero aquel hombre me contradecía en todo. Pues, no, señor, ni se restregó las manos ni sonrió; apenas dijo:

— Es verdad.

Y cambió de conversación.

— Se ve que se arrepiente, dije más tarde a Anita.

— Peor para él; la *Espuma del mar* encontrará compradores.

— ¿Has observado qué sereno se quedó el amigo Nebuli al anuncio de su desgracia? ¿Qué te ha parecido?

— Que no le importaba perder el pleito.

— ¿Y sabes por qué? Porque su alegría era demasiado grande; mañana lo pensará mejor y sufrirá. ¿Y qué máxima filosófica se desprende de todo esto?

Anita me miró haciendo un gesto discreto y burlón que yo entendí muy bien. Y añadí, nada mortificado por la alusión:

— Se desprende la máxima de que hay alegrías que el dinero no puede dar, y alegrías que el dinero no puede quitar.

— Pero las puede dar muy buenas, observó Anita. ¿Has visto a Salvioni?

Y como me sentía locuaz, proseguí:

— A propósito, ¿qué otra máxima de filosofía práctica se desprende?

— Dila, y acaba, porque tengo sueño.

— Se desprende que el dinero no debe confundirse con la alegría ni con la felicidad, pero se debe apreciar cuando proporciona la felicidad y la alegría, y hacerlo servir a este único fin.

— ¡Bravo! ¡Buenas noches!

XVII

LA VENUS SE VA

A la mañana siguiente, cuando, después de muchas vacilaciones, iba a bajar a hacer una visita a mi amigo, fué él, Valentín Nebuli, quien entró en mi casa.

Tenía la frente anublada por un pensamiento, que, sin afligirlo, parecía importunarle.

— ¿Sabes la noticia?, me dijo escapando un instante a la obsesión de aquel importuno, estoy arruinado.

— Sé que has perdido el pleito... Esta noche última he soñado que era una broma de mal género de tu abogado... Y, por el contrario..., sin embargo...

Yo no sabía lo que me decía...

Valentín se echó a reír.

— Sí, he perdido el pleito, y parece que me tocará restituir, entre capitales, intereses y daños y perjuicios, algo más de lo que poseo; porque, como puedes imaginarte, mi tío se gastó un poco de su caudal, que no era suyo, y yo me he gastado un poco de mi caudal, que no era mío: ha venido esta mañana mi abogado a explicarme bien la cosa. ¿Y sabes cuál es mi suerte? (Lo dijo él; yo no lo hubiera adivinado). La suerte es que habíamos aceptado la herencia con el beneficio de inventario; si no tendría que desprenderme ahora de lo mío... y me encontraría bastante apurado... como puedes imaginarte. Porque he gastado también de lo mío; casi

me he comido enteramente a mi pobre *Venus*. Ya no hay remedio. Cuando veas al Sr. Bini, hazme el favor de decirle que el cuadro está a su disposición, si todavía lo quiere... Mientras tanto, lo mandaré a buscar mañana.

— ¿Para qué?

— Para hacer una copia, pero esto no se lo digas.

— Es capaz de adivinarlo.

Valentín se encogió de hombros, estrechóme las manos con las suyas, sonrió, y por poco no me dice: «¡Qué feliz soy!»

— Esta mañana estás de buen humor, le dije.

— Sí, mucho. He recibido una buena noticia.

— ¿Cuál?

Cambió de conversación para no decírmela, pero más tarde la supe por mi mujer, que lo había sabido por doña Clarita; la policía estaba sobre la pista del Sr. Salvioni... difunto, lo había seguido hasta el momento en que partió de Nápoles para el Cairo, donde entonces reinaba el cólera...

Aquí yo hubiera puesto también, como el amigo Nebuli, una larga reticencia; pero mi mujer, nada escrupulosa, añadió:

— Por poco que el cólera haya sabido su obligación, debió despachar inmediatamente a vuestro Salvioni para el otro mundo.

— ¿Y qué cuentas hacer, ahora que sabes?... pregunté a Valentín.

— He hecho ya, me contestó, he hecho ya diez castillos en el aire; desde luego, voy al tribunal de Casación, a fin de ganar tiempo; y luego al campo a vivir en paz y trabajar. Haré bajar de las nubes todos los cuadros, a los cuales he dado un marco de estrellas, embadurnaré kilómetros de lienzo, y en pocos años me haré otra vez rico con mi trabajo.

— ¿Y te sientes capaz de todo esto?

— ¿De qué no me sentiré capaz ahora que el porvenir vuelve a ser mío? Con esos procuradores al lado y esos alguaciles detrás, me parecía haber *hipotecado* mi porvenir. Ahora soy pobre, pero libre; ¡y me queda Clarita!..

Así habló aquel aturdido, aquel sonámbulo, aquel delirante; yo lo miraba con la boca abierta, contentísimo en el fondo de que tomase así las cosas, pero disgustado de ver una cabeza llena de ingenio, tan vacía de criterio.

Di la culpa a la Naturaleza, que empieza bien a los hombres, pero nunca sabe acabarlos.

En cambio di a Valentín cien mil razones, ya que otra cosa no podía darle de más valor.

Quizás no falte quien me pregunte si no sospeché que el verdadero filósofo era él, y no yo.

Tuve en efecto esta sospecha, pero escapó a mi reflexión.

Para mí era claro que Valentín, si bien obraba como filósofo, no tenía conciencia de ello, y no ponía orden en sus acciones ni sistema en sus razonamientos.

No digo que la filosofía sea únicamente sistema (como algunos pretenden); conozco individuos que son filósofos profundos por la mañana, y se consideran desgraciados a la hora del almuerzo si el bifeck es demasiado cocido, y desgraciadísimos por la noche si pierden algunos cuartos en el juego.

Mas como tuve el buen sentido de no proponérselos como modelos al amigo Nebuli, no diré ya que filósofo y botarate son sinónimos.

Por lo demás, Valentín tenía en el fondo algún motivo para no afligirse, aparte de la razón enteramente estoica de que afligiéndose no ganaba nada; tenía su pincel, su fama, su mujer más que a medias y su porvenir entero.

La *Espuma del mar* tenía que proveer a las necesidades del momento, el abogado con la Casación, con las liquidaciones, con las oposiciones, y sabe Dios con qué diablos.

A todo esto, cuando el Sr. Bini hubo estado tres días sin dar señales de vida y empezamos a sospechar que, después de haber rehusado los dólares de los americanos, la famosa *Espuma* tendría que contentarse con las liritas italianas, me pareció (no estoy seguro) que Valentín había perdido algo de su inalterabilidad.

Sin embargo, se mostró desenvuelto, retiró de la Exposición su obra maestra y se dispuso a hacer una copia.

Hacia veinticuatro horas que la *Espuma del mar* había vuelto al estudio paterno, cuando subió a verme el Sr. Bini.

— ¿Qué ha sido de la *Espuma*?, preguntó.

— Valentín la ha retirado, contesté sonriendo.

— Ya lo sé... Pero ¿qué quiere hacer de ella?

— Venderla.

— ¿Hay quien la compra?

— Vaya usted a preguntárselo.

— Vamos.

Bajamos.

Mi amigo acababa de instalarse delante de un lienzo de las mismas dimensiones del otro, y trazaba las primeras líneas del diseño.

— ¡Excelente idea!, dijo el Sr. Bini. Usted quiere hacer una docena de *Venus* para enviar una a América, una a Rusia, una a Alemania, etc. No faltarán compradores. ¿El que ha comprado el original consiente?..

— Nadie lo ha comprado todavía, contestó noblemente Valentín.

Entonces yo, con audacia, intervine diciendo:

— El amigo Nebuli no ha querido perjudicar a usted...

— ¡Bah!, dijo el muy ladino, con su flema; es verdad, yo quería comprar el cuadro; me gustaba la *Venus*..., soberbia *Venus*..., me gusta aún... Pues bien, sí, la compro... Pero entonces es inútil, ¿sabe usted?, es inútil que se tome el trabajo de copiarla; prefiero pagar algo más y saber que de *Venus* como la mía no hay ninguna otra en el mundo... Un artista como usted, D. Valentín, empleará mejor el tiempo creando un nuevo milagro, y yo también gastaré mejor mi dinero... ¿Y cuánto pide usted por la *Espuma del mar*?

Yo me apresuré a preguntar:

— ¿Cuánto te había ofrecido aquel americano.

— Veinte mil liras, balbució Valentín.

— ¿Por consiguiente?... dije volviéndome hacia el Sr. Bini.

Me parecía que mi acento y mi mirada, con ayuda de su memoria, debieron decirle claramente:

— Pues saque usted la cuenta; usted ofreció el doble...

Pero el desmemoriado fué también ciego y sordo. No vió ni oyó ni recordó nada.

— Negocio concluido, dijo; por veinte mil liras el cuadro es mío; hágalo embalar; yo mandaré a buscarlo hoy mismo.

Tres horas después, el Sr. Bini volvió acompañado de dos hombres, que cargaron con la *Venus*.

Nosotros, que nos habíamos asomado a la ventana, la vimos pasar por última vez...

¿Adónde iba?

El viejo no nos lo había dicho; y yo murmuré:

— ¡Buen viaje!

Cuando Valentín cesó de ver a los tres hombres, que habían doblado la esquina, cerró los cristales y miró el fajo de billetes de Banco que el viejo le había puesto en la mano.

No dijo nada y se volvió a su estudio.

Yo guiñé el ojo; Clarita y Anita me comprendieron, y lo dejamos solo.

XVIII

COSAS EXTRAÑAS

— ¡Pero sabes que es una combinación extraña!, dijo Anita por la vigésima vez.

— ¿Eso te parece una combinación extraña?, dije yo.

— No te comprendo...

— No puedes comprenderme, porque no has pensado todo lo que he pensado yo sobre el acaso y sobre la combinación. Vamos a ver. Recibes juntas dos cartas, una de las cuales (con retraso) te dice que una cosa que deseabas muchísimo, no puede ser, porque se ha presentado un obstáculo insuperable; la otra te anuncia que el obstáculo ha desaparecido y que la cosa se hará. Tú lees primero la carta aflictiva, y luego la segunda; sin quererlo, la alegría que te ha dado esta última, después de la aflicción de la primera, la atribuyes a la combinación, y exclamas:

— ¡Extraña coincidencia!

Pero si lees primero la carta que te anuncia la desaparición del obstáculo, mucho será que te fijes en la combinación del retraso de la segunda carta y en la coincidencia de entrambas; sin embargo, nada ha cambiado, sino tu modo de sentir.

Cuando yo enfilo alguna vereda filosófica un poco oscura y consigo que me siga mi mujer, ésta me acompaña, entre azorada y risueña, y a veces, como ahora, me pregunta:

— ¿Adónde vas a parar?

— He aquí otro aspecto de la misma cosa, dije yo. Observa de noche los faroles de una vía recta y larga; distan por lo menos cien pasos uno de otro; pero si te alejas y te vuelves, los ves acercarse y coincidir. Lo mismo sucede en la historia, que es la noche de los tiempos, donde los acontecimientos memorables son los faroles de una vía recta y oscura, y parece que se tocan por razones de perspectiva, pero no se tocan; y quizá la historia ha de repasarse con este criterio, y quizá todas las supersticiones no tienen otro origen... y quizá...

(Se continuará.)

LA GRANJA. - VERANEO DE LA REAL FAMILIA. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



S. M. la Reina D.^a Victoria con el obispo y el gobernador de Segovia en el Parral. - S. M. el Rey D. Alfonso XIII paseando con la condesa del Puerto y el duque de Santo Mauro

Ha comenzado el veraneo de la Real familia, que el día 20 del pasado junio se trasladó desde Madrid al Real sitio de San Ildefonso. Allí se encuentran actualmente SS. MM. los Reyes D. Alfonso y D.^a Victoria y SS. AA. RR. el Príncipe de Asturias y los Infantitos D. Jaime, D. Juan, D. Gonzalo, D.^a Beatriz y D.^a Cristina, disfrutando de las delicias de aquella magnífica posesión, cuyos jardines y arboledas, con sus hermosas fuentes de universal fama, brindan el más grato abrigo que desearse pueda contra los rigores de la temperatura estival.

Sus Majestades efectúan frecuentemente excursiones a los alrededores del Real Sitio, unas veces a caballo y otras en automóvil, y en los paseos que realiza a caballo S. M. la Reina D.^a Victoria acompaña muchas veces S. A. la Infanta D.^a Beatriz, que es una consumada amazona.

Los Infantitos gozan lo que no es decible jugando en aquellos jardines y entreteniéndose con las innumerables distracciones que les proporciona la vida campestre.

La existencia que en La Granja lleva la Real familia es sencilla, exenta de las ceremonias y etiquetas cortesanas, que sólo en contadas ocasiones le imponen sus exigencias.

Durante su estancia en La Granja han visitado a Sus Majestades SS. AA. la Infanta D.^a Isabel, el Infante D. Carlos con su esposa la Infanta D.^a Luisa, el Infante D. Fernando con su esposa la duquesa de Talavera, y los Príncipes D.^a María Luisa, duquesa de Vendôme, Felipe y Raniero de Borbón.

S. M. la Reina D.^a Victoria, acompañada de SS. AA. los Príncipes D. Felipe y Doña María Luisa, hizo una interesante excursión a Segovia, en donde visitaron la Catedral, los Templarios, el Parral y otros monumentos.

En Navalrincón, en el pinar de Valsain, no lejos de La Granja, posee D. Alfonso una magnífica yeguada, a la que suele ir con frecuencia, enterándose muy minuciosamente de cuanto en ella se hace para el fomento de la cría caballar. También visita el campo del

polo, en donde ensaya varias jacas de su propiedad, y no deja tampoco de concurrir a las tiradas efectuadas en el Tiro de Pichón del Club del Campo que se ha inaugurado este año.

En las tiradas del día de la inauguración tomaron parte S. M. el Rey, S. A. el Infante don Carlos y los Príncipes D. Felipe y D. Raniero de Borbón, el duque de Tarancón, los marqueses de la Scala, Ferrera, Nájera, Murrieta y Villalba, los condes de Villares, San Esteban de Cañongo, Artaza y Maceda, y los Sres. Pérez de Guzmán, Conde y Luque, Bruguera, Garay y Olivares (D. Luis y D. Julián).

Primero se tiró un *shooting* de prueba, dividiéndose el premio entre el Sr. Pérez de Guzmán y el conde de Artaza, y después se disputó la Copa del Rey, que fué ganada, junto con el 50 por 100 de las entradas, por el propio Sr. Pérez de Guzmán, obteniendo el segundo premio, consistente en el 20 por 100 de las entradas, el citado conde de Artaza. Finalmente se disputó otra copa regalada por el Sr. Pérez de Guzmán, haciéndose las tiradas por series.

S. M. la Reina D.^a Victoria y SS. AA. la Infanta D.^a Luisa y la Princesa D.^a María Luisa asistieron al Club del Campo.

En las tiradas del segundo día tomaron parte S. M. el Rey, SS. AA. los Príncipes don Felipe y D. Raniero, los duques de Pastrana y Unión de Cuba, el marqués de Montegudo, los condes de Villares y Maceda, y los señores Pérez de Guzmán, Olivares (D. Julián), Villalba y Amézaga. El primer *shooting* fué dividido entre S. M. el Rey y el Sr. Pérez de Guzmán, y el segundo entre el mismo señor Pérez de Guzmán y el Sr. Olivares. Disputáronse luego los tiradores el premio de S. A. la Infanta D.^a Isabel, consistente en una preciosa copa, habiendo resultado vencedor el señor Pérez de Guzmán.

Finalmente se ha disputado la Copa de La Granja regalada por el Club del Campo, que ha sido también ganada por el Sr. Pérez de Guzmán.



SS. AA. RR. el Príncipe de Asturias y los Infantitos D. Jaime, D. Juan, D. Gonzalo, D.^a Beatriz y D.^a Cristina paseando en un cochecito por los jardines. - SS. AA. las Infantitas D.^a Beatriz y D.^a Cristina. - SS. AA. RR. los Infantes D.^a Beatriz, D.^a Cristina, D. Juan y D. Gonzalo dando de comer a las gallinas



Ocupación del campamento de Tafsat por las fuerzas españolas

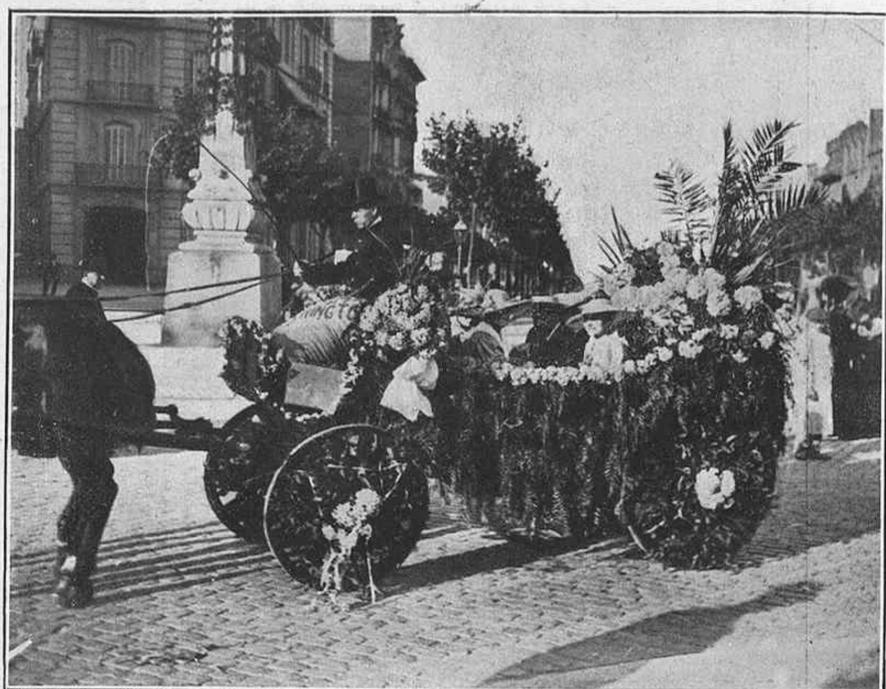


Las más de la policía indígena persiguiendo con su fuego al enemigo después de haber ocupado la meseta del Dra



Fuerzas de la policía indígena que, marchando a la vanguardia, desalojaron al enemigo de sus posiciones, impidiendo después que tirotearan los campamentos durante la instalación de éstos. (Véase la página 447.)

BARCELONA. - FIESTA FLORIDA. CONCURSO DE CARRUAJES ADORNADOS CON FLORES. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Coches entre los cuales se dividió el premio otorgado por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona

Organizada por un Comité del que formaban parte representantes de importantes entidades barcelonesas, celebróse el domingo día 2 del actual la Fiesta florida, que comprendía un concurso del Balcón jardín y otro de carruajes adornados y una batalla de flores.

El concurso de carruajes se efectuó en el Paseo de Gracia y resultó muy animado. A ambos lados del paseo habíanse levantado tribunas y palcos que se vieron bastante concurridos; los balcones ofrecían brillantísimo aspecto, pues se hallaban totalmente ocupados por distinguidas damas y señoritas, elegantemente ataviadas; y por las vías laterales circulaba un público numeroso.

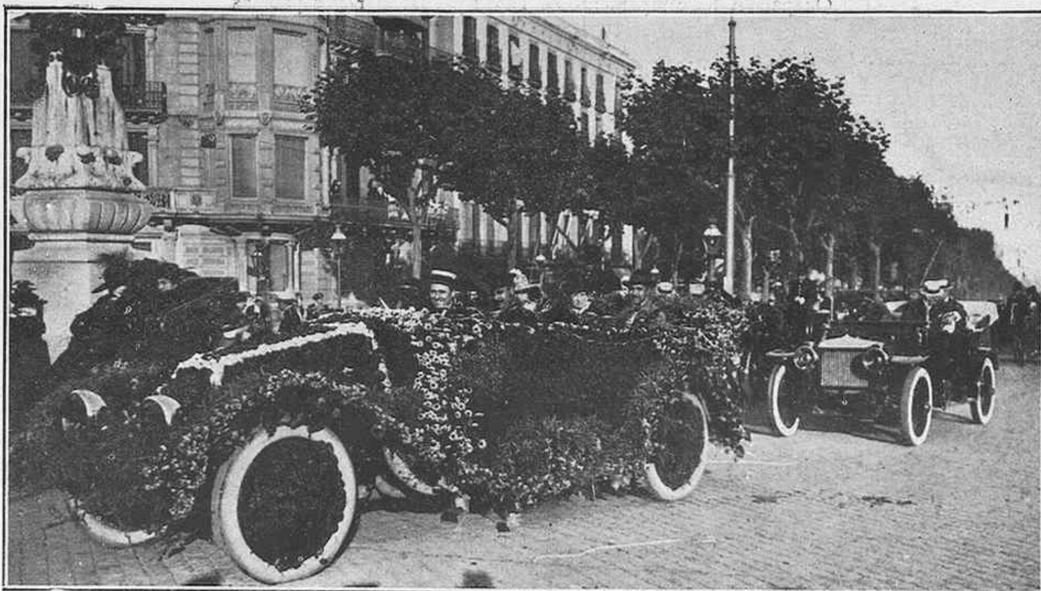
A las seis comenzaron a acudir al centro del paseo los carruajes, siendo en número considerable los no adornados y estando en proporción mucho menor los adornados con flores para tomar parte en el concurso.

Aunque se había anunciado que la batalla sería de flores, es lo cierto que fueron relativamente pocas las que se arrojaron; en cambio, fué grande la cantidad de serpentinas, confetti y bolas de nieve que se cruzaron entre los que iban en los coches y la gente que estaba en los balcones, palcos y tribunas o transitaba a pie.

El Jurado, constituido por los señores Puig y Alfonso, Rocarol, Presidente del Círculo Artístico, Presidente del Fomento de las Artes Decorativas, Pujol, Jori, Piera, Montoliu y Aldrofeu, concedió los premios siguientes: premio del Excmo. Ayuntamiento dividido entre los carruajes *Crisantemos*, del Sr. Garrigosa, y *Petit Bouquet*, de la señora viuda de Suárez; premio del Círculo

Artístico, al automóvil de D. Juan Bertrán; premio del Círculo del Liceo, al carruaje *Glorieta*, de las señoras Martí Oriol y Monegal; premio de la Sociedad de Atracción de Forasteros, al carruaje *Bougainvilliers*, de D.^a Emilia Munné; premio ofrecido por la casa Damián, al carruaje *Primavera*, de la señorita N. L.; premio ofrecido por el Sindicato de Bisutería, al carruaje *Clavells*, de D. Antonio Codina; premio ofrecido por los almacenes Jorba y C.^a, al carruaje *Capullos*, de la señorita Rosita Alemany; premio ofrecido por el Edén Concert, al carruaje *Clavellinas*, de la señorita Juanita Monclús; premio ofrecido por la casa *El Jardín*, al automóvil de D. Juan B. Coll; premio ofrecido por la Cepillería Americana, al carruaje *La Teya*, de D. Juan Molist; premio ofrecido por la casa Bastida, al automóvil de D. Nicolás Burges.

Además, los premios en metálico ofrecidos por los Tranvías de Barcelona, S. M. Muley Háfid, Fomento de Obras y Construcciones, Real Asociación de Cazadores y D. J. Collasc, fueron distribuidos entre los coches de D. Claudio Planás, señoritas Ferrer, D. Ramón Roig, señoritas Cabot, Sr. Font, D. José Escudé, señoritas Tarrés, D. José Coll, D. Andrés Gili, D. Francisco Solá, Sr. Vallmitjana, señoritas Benet y D.^a Juana Durán.



Automóvil que obtuvo el premio otorgado por el Círculo Artístico

como un ensayo por ser la primera vez que se ha celebrado en Barcelona, tuvo en conjunto un éxito satisfactorio, siendo de esperar que en años sucesivos responderá mejor al carácter de fiesta florida que con buen acierto quisieron darle sus organizadores.

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT
Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídense gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS - St-Denis, 16

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS RES
JORET HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F.^a G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA
SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
POR D. EMILIO CASTELAR
Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

HIPOFOSFITOS SALUD
COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria